

BOLSILIBROS BRUGUERA

SS

SERVICIO SECRETO

INTRIGA EN HOUSTON

Joseph Berna



Las calles de Houston, estado de Texas, estaban mojadas.

Durante la noche había caído una gran tromba de agua sobre la popular ciudad sureña. El cielo, por la mañana, seguía nublado, y probablemente lloviese de nuevo.

Joyce Addison, por si acaso, llevaba su paraguas plegable en el interior del bolso, el cual colgaba de su hombro derecho.

Joyce contaba sólo veintiún años de edad. Tenía el pelo oscuro y brillante, ni corto ni largo, los ojos verdes, almendrados, la nariz pequeña, los labios de un rojo cereza, llenos y sensuales.

Vestía pantalones azules y un largo suéter de lana, color crema, de cuello alto.



Joseph Berna

Intriga en Houston

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1413

ePub r1.0

Lds 10.03.18

Título original: *Intriga en Houston*

Joseph Berna, 1977

Cubierta: Enrique Martín

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1413. Bruguera – 1977

Colección PUNTO ROJO n.º 63. Ediciones B – 1995

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Las calles de Houston, estado de Texas, estaban mojadas.

Durante la noche había caído una gran tromba de agua sobre la popular ciudad sureña. El cielo, por la mañana, seguía nublado, y probablemente lloviese de nuevo.

Joyce Addison, por si acaso, llevaba su paraguas plegable en el interior del bolso, el cual colgaba de su hombro derecho.

Joyce contaba sólo veintiún años de edad. Tenía el pelo oscuro y brillante, ni corto ni largo, los ojos verdes, almendrados, la nariz pequeña, los labios de un rojo cereza, llenos y sensuales.

Vestía pantalones azules y un largo suéter de lana, color crema, de cuello alto.

Al pasar casualmente por delante del estudio fotográfico de un tal Mark Birney, descubrió el anuncio que estaba pegado al cristal de la puerta: «Se necesita modelo fotográfica».

Joyce se detuvo y leyó de nuevo el anuncio. Titubeó.

¿Entraba en aquel estudio o no entraba? Ella no era modelo, desde luego.

Ni fotográfica, ni de las otras. Pero sabía que no era fea.

Y tenía una bonita figura.

Podía conseguir el empleo, ¿por qué no?

Y la verdad es que necesitaba encontrar alguno.

Llevaba ya varios días sin trabajo, y sus escasas reservas económicas estaban a punto de agotarse.

Joyce se acarició la suave barbilla.

Las modelos fotográficas no estaban mal pagadas, no... Especialmente, las que posaban ante la cámara con poca ropa. O sin ninguna...

Éstas todavía ganaban más.

Pero ella jamás se atrevería a posar en traje de Eva, por muy bien pagado que estuviera.

No, no tenía nada contra las modelos fotográficas que posaban desnudas. Cada cual podía hacer con su cuerpo lo que le viniese en gana.

Ella, desde luego, no lo haría nunca.

Joyce se preguntó cómo tendría que posar la modelo que necesitaba Mark Birney, el dueño de aquel estudio fotográfico.

El único modo de averiguarlo era entrar en el estudio y hablar con el tal Birney. Si había que posar sin ropa, daría media vuelta y adiós muy buenos días.

La joven inspiró profundamente y se dijo:

—Animo, Joyce.

Puso la mano sobre el pomo de la puerta, lo hizo girar, y entró en el estudio, al tiempo que sonaba una campanilla.

El local era pequeño, y estaba solitario.

Joyce no se atrevió a separarse de la puerta.

—¿No hay nadie aquí? —preguntó.

—¡Un momento, por favor! —rogó una voz que llegó a través de la cortina roja que había detrás del pequeño mostrador.

Pocos segundos después, por un lado de la cortina, aparecía un tipo de unos treinta y cinco años, delgado, de estatura corriente, con barbita de chivo. Lucía una floreada camisa de manga corta, por fuera del pantalón, que era blanco.

—Buenos días, señorita —saludó a la joven, con una amable sonrisa en los labios.

—Buenos días —correspondió Joyce, esforzándose por disimular su nerviosismo.

—¿En qué puedo servirle?

—Pasaba por aquí, vi el anuncio en la puerta y... El tipo pareció alegrarse.

—¿Es usted modelo, señorita? —preguntó, saliendo de detrás del mostrador.

—No, pero aspiro a serlo... —respondió Joyce, tímidamente.

—¿De veras no ha posado nunca ante una cámara? —Pareció extrañarse el barbitas, observando a la muchacha de pies a cabeza.

—En plan profesional, no. Me han hecho algunas fotos, claro, como a todo el mundo, pero no de éstas... —contestó Joyce,

turbada por el examen visual a que estaba siendo sometido su físico.

Y es que el barbitas parecía tener un metro en cada ojo.

Seguro que ya le había calculado hasta las medidas de los tobillos.

—Bueno, no importa, no se preocupe —sonrió el tipo, evidentemente complacido por el resultado de su examen visual—. Posar ante una cámara no es difícil, señorita. Si la modelo es atractiva, y tiene un cuerpo esbelto, se obtienen unas fotos preciosas, a poco que el fotógrafo sepa dirigirla. Yo llevo varios años en esto, y usted, a primera vista, parece reunir las condiciones necesarias, de modo que con mucho gusto le haré unas pruebas. Si el resultado de las mismas es satisfactorio, como yo espero, trabajará usted para mí.

Joyce no supo qué decir.

—¿Cómo se llama usted, señorita? —preguntó el barbitas.

—Joyce Addison —respondió la joven.

—Yo soy Mark Birney —se presentó el dueño del estudio, ofreciendo su diestra a la muchacha.

—Encantada, señor Birney —sonrió Joyce, estrechando la mano del fotógrafo.

—Mark, por favor —rogó Birney—. Y yo a usted la llamaré Joyce, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió la joven, sonriendo.

—Espere que quite el anuncio y pasaremos a mi estudio.

Birney despegó el cartelito, corrió una ligera cortina, cubriendo el cristal de la puerta, y echó el pestillo.

A Joyce no le gustó nada aquello, especialmente lo del pestillo.

—¿Por qué ha hecho eso, Mark? —inquirió.

—¿Quitar el anuncio? Pues para que no se presente otra modelo, mientras le estoy haciendo las pruebas a usted.

—No me refería al anuncio, sino a lo otro.

Birney parpadeó.

—¿Lo otro?

—¿Por qué ha corrido la cortina y echado el cerrojo?

—Oh, era eso... —sonrió el fotógrafo—. Se lo explicaré, Joyce; para que, si viene alguien, crea que no estoy en el estudio y se largue sin molestarnos. Me irrita muchísimo que me interrumpen

cuando estoy tomando fotos a una modelo.

Joyce no dijo nada.

Mark Birney la tomó familiarmente del brazo e indicó:

—Pasemos a mi estudio, Joyce.

—Espere un momento, Mark —rogó la joven.

—¿Qué sucede ahora?

—Me gustaría aclarar algo antes de pasar a su estudio.

—¿De qué se trata, Joyce?

—¿Cómo tengo que posar?

—¿Que cómo tiene que posar? —Pareció sorprenderse el fotógrafo.

—Sí, quiero saberlo.

—Oh, pues de muchos modos, naturalmente... De pie, sentada, arrodillada, acostada... Joyce movió la cabeza en sentido negativo.

—No me ha entendido usted bien, Mark.

—¿No? —Pestañeó Birney.

—Lo que yo quiero saber es con qué indumentaria voy a posar.

—¿Indumentaria?

—Sí.

—Pues la corriente, en estos casos.

—¿Y cuál es la indumentaria «corriente» en estos casos?

Recuerde que yo no he posado nunca en plan profesional...

Mark Birney se echó a reír.

—Oh, sí, perdone; había olvidado que usted no es modelo...

Bien, lo corriente, para efectuar unas pruebas con una modelo, es que ésta pose en bikini.

—¿En bikini? —repitió Joyce, ruborizándose levemente.

—Sí.

—Yo no he traído el mío... Birney volvió a reír.

—No se preocupe por eso, yo tengo toda una colección.

—¿De veras? —Parpadeó la muchacha.

—¡Claro! Ande, venga conmigo.

Joyce se dejó conducir por el fotógrafo.

Pasaron al otro lado del mostrador y cruzaron la cortina roja.

—Éste es mi estudio, Joyce —dijo Birney.

—Oh...

—¿Le gusta?

—Sí, mucho —murmuró la joven, observándolo todo con

curiosidad.

Birney se dirigió a un armario, lo abrió, y por lo menos una docena de bikinis quedaron a la vista.

Todos ellos muy diminutos, por cierto, lo cual acentuó el nerviosismo de Joyce.

El fotógrafo escogió uno azul celeste y regresó junto a la cohibida muchacha, muy sonriente.

—Éste le quedará estupendamente, Joyce.

La joven cogió la pieza de arriba con la mano derecha y la de abajo con la izquierda, y miró ambas prendas.

—Es muy pequeño, ¿no? —musitó.

—De los que se llevan ahora —respondió Birney, quien, seguidamente, indicó—: Aquella puerta es la del probador. Cámbiese allí.

Joyce fue hacia el probador y se introdujo en él. Era muy pequeño.

Para hacer juego con los bikinis, sin duda.

Era de forma hexagonal, y las paredes eran espejos. Incluso la puerta tenía un espejo.

De la parte superior de la misma colgaba una percha.

Joyce colgó allí su bolso y, dando un suspiro, procedió a sacarse el suéter de lana, quedando en sujetador.

Después de dejar la prenda en la percha, se quitó los pantalones y los colgó también. A continuación, se desprendió del sujetador y del breve pantaloncito.

Joyce vio su cuerpo desnudo reflejado en todos los espejos. Un cuerpo realmente hermoso.

Sus senos, no demasiado grandes, eran turgentes, y cubrían mucha superficie. Tenía la cintura estrecha y flexible como un junco, el vientre casi plano, y la curva de sus caderas era suave. Las piernas, largas y esbeltas, de rodillas perfectas, completaban su preciosa figura.

Joyce, después de contemplarse en los espejos con cierto orgullo, se puso el bikini. Entonces, volvió a mirarse.

No era mucho lo que cubría, no...

Después de llenar sus pulmones de aire, y de expulsarlo poco a poco, para ver si así desaparecían en parte sus nervios, abrió la puerta y salió del probador.

Mark Birney ya tenía su cámara fotográfica a punto. Se quedó mirándola, boquiabierto.

A la cámara no, a la muchacha.

Joyce sintió un calor excesivo en las mejillas.

Como no acertó a decir nada, siguió callada, soportando con resignación el nuevo examen del fotógrafo.

Éste murmuró:

—Tiene usted una figura maravillosa, Joyce...

—Gracias —respondió la joven, forzando una sonrisa.

—Póngase ahí, en ese lado, y vaya adoptando las poses que yo le indique —dijo Birney. Joyce se situó dónde le indicaba el dueño del estudio.

Birney le tomó una docena de fotos, en distintas poses. Luego, se acercó al armario y cogió otro bikini, de color rojo. Fue hacia Joyce y se lo entregó, indicando:

—Póngase ahora éste, Joyce. La joven acusó extrañeza.

—Creí que ya habían terminado las pruebas...

—Oh, no, aún falta bastante —informó Birney, sonriendo—. Vamos, cámbiese.

Joyce se introdujo nuevamente en el probador, saliendo poco después con el bikini rojo puesto.

—Encantadora también —dijo Birney, mirándola.

Joyce agradeció el cumplido con una sonrisa y se situó en el mismo lugar de antes. Birney le tomó otra docena de fotos.

Y luego otra, con bikini negro. Y otra más, con bikini amarillo.

Después, el fotógrafo preguntó:

—¿Cansada, Joyce?

—Sí, un poco... —suspiró la joven.

—Alegre esa bonita cara, que ya hemos terminado.

—¿De veras?

—Sí, ya le he tomado las fotos suficientes para saber si sirve usted o no para modelo fotográfica. Aunque yo me atrevería a decir que sí. Con ese rostro, y ese cuerpo, es imposible que no salga bien en las fotos.

Joyce sonrió agradecida por las palabras del fotógrafo.

—Espero que no se equivoque, Mark.

—Ya verá cómo no.

—Necesito tanto encontrar trabajo...

—Éste ya es casi suyo, de verdad.

—Sería maravilloso.

—Ande, vaya a vestirse.

—¿Cuándo sabré el resultado de las pruebas, Mark?

—¿Dónde vive usted, Joyce? —preguntó a su vez Birney. La joven se lo dijo.

—Esta tarde, alrededor de las siete, pasaré por su apartamento, le mostraré las fotos y le diré cuál ha sido el resultado —anunció Birney—. ¿De acuerdo, Joyce?

—De acuerdo, Mark —sonrió la muchacha, y se dirigió hacia el probador.

CAPÍTULO II

Después de vestirse, y de despedirse del amable y atento Mark Birney, Joyce Addison abandonó el estudio fotográfico, muy contenta.

Por las palabras del fotógrafo, ya casi podía considerar como logrado el empleo de modelo fotográfica.

¿Cuánto le pagaría? Joyce rió, divertida.

Todavía no conocía el resultado de las pruebas, y ya estaba pensando en lo que iba a ganar por posar para Mark Birney.

De pronto, la joven dio un grito.

Un coche acababa de pasar por delante de ella, que aguardaba el momento de cruzar la mojada calzada.

La rueda delantera derecha del automóvil, al pasar por un charco, había levantado una especie de ola de agua sucia, y casi toda ella fue a caer sobre Joyce, poniéndole perdidos el suéter de lana y los pantalones.

Un instante después de mirarse, la joven se llevó las manos a los lados de la boca, a modo de megáfono, y se puso a gritar:

—¡Animal! ¡Bruto! ¡Cafre!

El coche responsable de lo sucedido, un «Chevrolet» azul, se detuvo unos metros más allá, frenando con brusquedad.

Joyce vio cómo se abría la portezuela de la izquierda y un hombre salía del vehículo. Era alto, moreno, muy apuesto, y vestía un traje marrón.

Como mucho, tendría unos treinta años.

Joyce apretó los puños con rabia y gritó de nuevo:

—¡Vamos, acérquese si se atreve, so gamberro! ¡Acérquese y le pongo la cara perdida a arañazos!

El dueño del «Chevrolet» fue hacia ella, con gesto de

consternación, diciendo:

—No sabe cuánto lo siento, señorita. Yo...

—¡Usted es un asno!

—No fue mía la culpa, señorita...

—¿Ah, no...? ¿Y de quién fue, mía?

—Tampoco, por supuesto... Fue de la lluvia caída esta noche pasada. Si no hubiese llovido, no se habrían producido charcos en las calzadas. Y si no hubiese habido charcos, mi coche no la habría salpicado de barro...

—¿Salpicado...? —repitió Joyce, con el rostro encendido de ira—. ¡Ha sido una ducha completa! ¿O es que no tiene usted ojos en la cara? ¡Míreme, ande!

El causante del incidente carraspeó nerviosamente.

—No se preocupe, señorita. Dígame cuánto le costaron el suéter y los pantalones, y se los pagaré ahora mismo.

—¡No quiero su dinero! —rechazó Joyce, dando una rabiosa patadita en el suelo.

—¿Qué es lo que quiere, entonces?

—¡Arañarle la cara! ¿NQ lo oyó, cuando le dije que se acercara?

—Señorita...

—¡Ni señorita ni cuernos! —le interrumpió Joyce, con los ojos chisporreantes de furia.

—Está bien, si lo único que puede compensarla de lo sucedido es dejarme la cara como un mapa de carreteras con las uñas, hágalo. Vamos, empiece a arañarme —dijo el dueño del «Chevrolet», ofreciéndole la mejilla.

Joyce soltó un rugido.

—¡No puedo hacerlo, si adopta esa actitud de mártir!

—¿Mártir?

—¡Parece San Bartolomé, resignado a que le desollen vivo!

—¿A San Bartolomé lo desollaron vivo...?

—¡Sí, señor, en el año 71!

—Oh...

Un tipo bajo y gordo, que se había detenido a presenciar la discusión, empezó a reír. Joyce se volvió hacia él.

—¿De qué se ríe usted, cara de bollo?

El gordo se tragó la risa en el acto y se apresuró a alejarse, no fuera a recibir él los arañazos que estaba deseando dar la colérica

muchacha.

Joyce clavó de nuevo los ojos en el propietario del «Chevrolet», quien sonreía, mostrando su blanca dentadura.

—También usted se ríe, ¿eh?

—Lo de «cara de bollo» ha tenido mucha gracia, señorita.

—¿A que le destrozo la suya? —amenazó Joyce, mostrándole sus afiladas uñas. El dueño del «Chevrolet» siguió con la sonrisa en los labios.

—¿Qué pasa, no me cree capaz? —rugió la joven.

—Perro que ladra no muerde, señorita. Joyce agrandó los ojos al máximo.

—¿Me está llamando perro...? El tipo moreno rió.

—No, señorita, por Dios... Me he limitado a recordarle un refrán. Y con ello solo pretendía decir que usted es una buena chica, incapaz de hacer daño a nadie. Está muy furiosa, eso es cierto. Y tiene motivos para estarlo, lo admito. Pero, en el fondo, no desea usted arañarme la cara. ¿Verdad que no?

—No esté tan seguro —respondió Joyce, algo más calmada.

—Pondría la mano en el fuego.

—A lo mejor se quemaba.

El dueño del «Chevrolet» se tironeó el lóbulo derecho.

—Señorita, imagino que querrá usted cambiarse de ropa...

—¿A usted qué le parece?

—¿Me permite que la lleve a su casa en mi coche?

—Es lo menos que puede hacer, ¿no? Ahorrarme el gasto del taxi.

—Desde luego. Vamos, señorita —dijo el tipo moreno, tomándola del codo. Caminaron los dos hacia el «Chevrolet» azul y se introdujeron en él.

—¿Cómo se llama? —preguntó el dueño del coche.

—Joyce.

—Yo me llamo Robert. Robert Sukman.

—Me gustaría decir que ha sido un placer conocerle, señor Sukman, pero mentiría.

—Yo sí me alegro de haberla conocido a usted, Joyce, aunque, desde luego, lamento que haya sido en estas circunstancias.

—Ponga el coche en marcha, vamos —apremió la joven.

—Antes tendrá que decirme dónde vive. Joyce le dio su

dirección.

Robert Sukman accionó la llave de contacto y casi al momento el «Chevrolet» se puso en movimiento.

Fueron pasando los segundos, y ninguno de los dos rompía el silencio.

—¿No tiene ganas de hablar, Joyce? —se atrevió a preguntar Sukman.

—¿Es que no se nota? —Gruñó la joven.

—¿Me guarda rencor por lo sucedido?

—Sí.

—Me cuesta creerlo, porque no tiene usted cara de ser rencorosa.

—Pues lo soy.

—¿Qué podría hacer, para que me perdonara?

—Me temo que nada. No hay perdón para los tipos que cubren de barro a los pobres transeúntes.

—Joyce, fue un accidente, yo no la manché de barro intencionadamente...

—¡Hombre!, no hubiera faltado más que eso, que me hubiese manchado adrede.

¡Entonces sí que me lo como vivo!

—Su fotografía hubiese salido en los periódicos, y la gente le llamaría Joyce *la Antropófaga*...

La joven miró a Robert Sukman, furiosa, y replicó:

—¡Joyce *la Narices*!

Sukman rió.

—No se enfade, mujer, sólo era una broma.

—¡No estoy para bromas, señor Sukman!

—Llámeme Robert.

—No quiero familiaridades con usted.

—¿Por qué no podemos ser amigos?

—Lo sabe perfectamente.

—También usted sabe que yo no tengo la culpa de lo sucedido y, sin embargo, se resiste a perdonarme.

Joyce no dijo nada.

Sukman tampoco habló más.

Poco después, llegaban al edificio en donde se hallaba el apartamento que tenía alquilado Joyce.

Robert Sukman detuvo el coche.

—Hemos llegado, Joyce.

—Ya lo estoy viendo —gruñó la joven.

—¿Sigue enfadada conmigo?

—Sigo.

—La invito a cenar esta noche, para desagraviarla.

—Me sentaría mal la cena, si cenara en su compañía.

—¿A qué hora paso a recogerla?

—A ninguna.

—¿Ha dicho a las ocho?

—¡He dicho a ninguna! —se exaltó de nuevo la muchacha.

—Perfecto, a las ocho. Seré puntual, Joyce.

La joven, que ya había salido del coche, se asomó por la ventanilla y advirtió:

—¡Como se le ocurra aparecer por mi apartamento, le rompo un jarrón en la cabeza! Sukman sonrió de forma contagiosa.

—Póngase muy guapa, Joyce. Quiero ser la envidia del restaurante.

—¡Será la envidia del hospital, porque le abriré tal brecha en la cabeza con el jarrón, que le van a dar más puntos de sutura que al último rival de Cassius Clay!

Robert Sukman rió con ganas.

Joyce Addison giró bruscamente sobre sus talones y caminó con rapidez hacia el portal del edificio, donde se introdujo sin volver la cara ni una sola vez.

CAPÍTULO III

Joyce Addison paseaba nerviosamente por el *living* de su apartamento, con un cigarrillo a medio consumir entre los dedos de la mano derecha.

Lucía un bonito vestido, graciosamente corto.

Joyce consultó por enésima vez su diminuto reloj de pulsera. Eran las siete y cuarto.

Y Mark Birney sin aparecer.

¿Por qué diablos se retrasaba tanto?

Había dicho que pasaría por su apartamento alrededor de las siete. Y ya pasaban quince minutos.

¿Se debería acaso a que...?

Los pensamientos de Joyce se vieron interrumpidos por un timbrazo. La joven dio un respingo.

—¡Ya está aquí! —pensó en voz alta, sintiendo que su nerviosismo se acrecentaba.

Rápidamente dejó el resto del cigarrillo en el cenicero que descansaba sobre la mesa del *living*, pequeña y baja, y corrió hacia la puerta.

Abrió.

No, no se había equivocado. Era Mark Birney.

Pero no estaba solo.

Joyce no pudo evitar un ligero estremecimiento al fijarse en el tipo que acompañaba al fotógrafo.

Unos dos metros de estatura...

No menos de ciento quince kilos de peso... Cara de boxeador retirado...

Enormes y velludas manos...

El clásico individuo al que se contrata para darle un susto a

alguien. O una buena paliza.

Mark Birney, que portaba un maletín negro, exhibió una sonrisa llena de amabilidad.

—¿Qué tal, Joyce?

—Hola, señor Birney —respondió la joven, tratando de sonreír, cosa que no consiguió por culpa del elefante que acompañaba al fotógrafo.

Éste enarcó las cejas.

—¿Señor Birney...?

—Oh, discúlpeme, Mark... —rogó Joyce—. Es que estoy muy nerviosa, ¿sabe?

—Sí, se le nota. Pero no tiene por qué estarlo.

—¿No?

—Le traigo buenas noticias, Joyce.

—¡Oh! ¿De veras, Mark?

—Sí, de veras —rió el fotógrafo.

—Pase, por favor —invitó la joven.

—Antes quiero presentarle a este amigo —dijo Birney, mirando al tanque que tenía a su lado—. Se llama Tom... Saluda a Joyce, Tom.

—Hola —dijo la excavadora humana, separando apenas los labios. Tenía voz de tubo de escape.

Sólo le faltaba eso para impresionar más.

—Es un placer, Tom —respondió Joyce. Mintió.

No podía ser un placer para nadie conocer a un orangután como aquél.

Mark Birney y su gigantesco y velludo acompañante penetraron en el apartamento de la muchacha, yendo directamente hacia el moderno *living*.

—Siéntense, por favor —dijo Joyce, que se estaba estrujando las manos sin darse cuenta.

—Gracias —sonrió Birney, sentándose en el sofá.

El mastodonte de Tom se dejó caer en un sillón, haciendo crujir lastimosamente los muelles del asiento.

Joyce preguntó:

—¿Les apetece tomar algo, Mark?

—Oh, no, no se moleste, Joyce.

—Si no es molestia...

—No, déjelo. Más tarde, si acaso. Es lógico que usted esté deseando ver las fotos, así que no quiero que pierda tiempo preparando bebidas. Venga, siéntese a mi lado y se las mostraré —indicó Birney, dejando su maletín sobre la mesa.

Joyce se acercó al sofá y se sentó a la derecha del fotógrafo. Éste ya estaba abriendo el maletín.

Tomó un sobre que abultaba bastante, extrajo todas las fotos que había en su interior, y se las entregó a la muchacha.

—A ver qué le parecen, Joyce.

La joven observó con detenimiento la primera fotografía.

Era una de las varias que le había tomado Birney con el bikini azul celeste.

—Yo me veo muy bien, Mark... —dijo, procurando dominar su emoción.

—No sólo se ve, sino que lo está. Siga, siga mirando, Joyce.

La muchacha fue pasando las fotos, lentamente, porque quería observarlas bien. En la segunda estaba con el bikini rojo.

En la tercera, con el bikini negro. En la cuarta, con el bikini amarillo. Y en la quinta...

Al observar esta quinta fotografía, los ojos de Joyce se dilataron tanto que dio la impresión de que iban a salirse de las cuencas.

La joven sintió que palidecía. También sintió frío.

Y calor a la vez. Y vergüenza.

Sí, sobre todo, vergüenza. Mucha vergüenza.

Su cerebro no era capaz de comprender lo que estaba pasando, pero sus dilatados ojos seguían viendo aquella quinta fotografía.

En ella no aparecía en bikini de ningún color, sino en ropa interior. Y sólo con la prenda inferior.

Sí.

Sólo con el breve pantaloncito.

Le había sido tomada cuando se hallaba en el pequeño probador, quitándose la ropa para ponerse el primero de los bikinis.

Justo en el instante en que se desprendía del sujetador y dejaba visibles sus senos. Joyce giró lentamente la cabeza y clavó sus estupefactos ojos en Mark Birney.

El fotógrafo sonreía, como si nada extraño sucediera.

—¿Qué significa esto, Mark? —inquirió la joven, con una voz que en nada se parecía a la suya.

—Continúe mirando las fotos, y luego se lo explicaré. Las hay aún más interesantes que ésta, compruébelo usted misma.

Joyce miró la sexta fotografía.

No pudo reprimir una ahogada exclamación.

¡En ella aparecía totalmente desnuda! Instintivamente pasó a observar la séptima foto. Y la octava.

Y la novena.

En todas ellas estaba sin ninguna ropa.

Se las habían tomado todas en el probador, mientras se cambiaba los bikinis. Aparecía de frente, de perfil, de espaldas...

Joyce creyó morir de vergüenza.

Y empezó a comprender que había caído como una ingenua en las garras de Mark Birney.

Del canalla de Mark Birney.

Los espejos del probador eran solamente eso, espejos, para la persona que se hallaba en su interior, pero cristales normales y corrientes para las que se encontraban al otro lado de los mismos.

Ella se había desnudado una y otra vez, creyendo no poder ser vista por nadie, pero desde el otro lado de los espejos, Mark Birney la había estado observando en todo momento.

Y disparando su cámara. Numerosas veces.

Joyce cerró los ojos con fuerza.

Una ira incontenible empezaba a adueñarse de todo su ser. Y esa ira estalló.

Contra el hombre que la había engañado.

Joyce tiró las fotos sobre la mesa y se arrojó sobre Mark Birney.

—¡Quieta! —gritó el fotógrafo, tendido en el sofá, con la furiosa joven sobre él, buscándole la cara con las uñas.

—¡Le voy a sacar los ojos, canalla! —chilló Joyce, forcejeando fieramente con él.

—¡Socorro, Tom...!

Aquella especie de mole humana que era Tom, ya había saltado del sillón.

Agarró a la encolerizada muchacha por la cintura, la levantó por los aires como si fuera un ligero almohadón de plumas, y la arrojó con violencia sobre el sillón que él ocupara poco antes.

Joyce dio un chillido, quedando con las piernas totalmente al descubierto.

El dinosaurio de Tom se acercó a ella en dos zancadas y le soltó una brutal bofetada.

—No vuelvas a gritar, primor, o te desharé la cara a golpes —amenazó. Joyce no dudó que aquel bestia le desfiguraría el rostro si no obedecía.

Aterrorizada, se cubrió las piernas y se mantuvo en silencio, mientras por la comisura de la boca le resbalaba un hilillo de sangre.

El gigantón se volvió hacia Birney.

—¿Estás bien, Mark?

—Sí, Tom —respondió el fotógrafo, poniéndose en pie—. Gracias a ti, que me quitaste a esta fiera de encima...

—Mi bofetada la ha dejado mansa como un corderito —sonrió el energúmeno, mostrando sus dientes de caballo.

Mark Birney se acercó a la asustada muchacha.

—¿Te gustaría quedarte con todas estas fotos, y sus correspondientes negativos, para poder destruirlos, Joyce?

La joven permaneció callada unos segundos más y luego, quedamente, asintió:

—Sí...

—Ya lo sé que te gustaría —sonrió Birney.

—¿Qué he de hacer, para que me entregue las fotos y los negativos?

Mark Birney extrajo una foto del bolsillo interior de su moderna americana y se la entregó a la muchacha, diciendo:

—En primer lugar, hacer amistad con este hombre. Joyce se llenó de sorpresa.

El tipo de la foto era... ¡Robert Sukman!

CAPÍTULO IV

Mark Birney, al ver la expresión de Joyce Addison, entrecerró los ojos.

—¿Conoces al tipo? —interrogó.

—No... —mintió la joven, aunque sin saber exactamente por qué lo hacía.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. No lo he visto nunca.

—Se llama Robert Sukman, y vive en el 890 de la avenida Jefferson —informó Birney—. No te será difícil hacer amistad con él. Sukman es soltero, y tú eres una chica muy atractiva.

—¿Y cuándo haya hecho amistad con él...? —inquirió Joyce. Birney sonrió, acariciándose la barbita.

—El asunto consta de tres fases. Te hablaré de la segunda cuando se haya logrado la primera.

Joyce bajó la mirada y volvió a posarla en la foto que tenía en la mano derecha.

Mark Birney recogió todas las fotos de la muchacha, guardándolas de nuevo en su maletín. Después, extrajo su cartera, contó unos cuantos billetes y los dejó sobre la mesa, diciendo:

—Aquí tienes quinientos dólares, para tus gastos. Joyce no dijo nada.

Birney tomó su maletín y advirtió:

—No cometas el error de hablar de esto con nadie, Joyce. Y mucho menos con la policía. No podrías probar que yo te tomé unas fotos de desnudo sin tu consentimiento. En primer lugar, porque la policía no lograría encontrar ni las fotos ni los negativos. Por otra parte, el probador de mi estudio vuelve a ser un probador normal y corriente, sin trucos. Los espejos, ahora, son sólo eso: espejos. No se

puede ver su interior desde fuera. Además, yo negaría rotundamente conocerte... Como ves, de nada te serviría acudir a la policía. Y si, a pesar de mi advertencia, recurres a la policía, no tendré más remedio que ordenarle a Tom que te haga una visita. Y no sería nada cordial, te lo aseguro.

La apisonadora humana adquirió una expresión tan siniestra, que a Joyce se le erizó toda la piel del cuerpo.

Mark Birney sonrió satisfecho.

—Bien, veo por tu gesto que has comprendido, Joyce. Dentro de unos días me pondré en contacto contigo. Vámonos, Tom.

El fotógrafo echó a andar hacia la puerta, seguido del gorila de Tom, y ambos abandonaron el apartamento.

Joyce continuó sentada en el sillón, observando la foto del apuesto Robert Sukman.

¿Qué querrían aquellos hombres de él?

Algo muy importante debía de ser, cuando se habían tomado tantas molestias para conseguir que ella hiciese amistad con él.

Si no hubiese entrado en aquel maldito estudio... De nada servía ya lamentarse.

El canalla de Mark Birney le había tomado un montón de fotos desnuda, y ahora estaba en sus manos.

Tendría que seguir sus instrucciones al pie de la letra, si quería recuperar aquellas malditas fotos y sus negativos.

Joyce sintió que las lágrimas acudían a sus ojos.

Incapaz de contenerlas, notó cómo empezaban a resbalarle por las mejillas. La joven se cubrió la cara con las manos, rompiendo en sollozos.

Permaneció así varios minutos.

Hasta que sonó el timbre del apartamento. Joyce respingó sobre el sillón.

Miró su reloj.

Faltaban cinco minutos para las ocho. Debía de ser Robert Sukman.

Joyce se levantó del sillón y corrió hacia donde tenía su bolso.

Lo abrió, guardó allí la fotografía de Sukman y los quinientos dólares que había dejado sobre la mesa Mark Birney, y extrajo de él, al mismo tiempo, un pañuelo de seda.

Se lo pasó por los ojos y se secó las mejillas. La izquierda la

tenía dolorida.

El salvaje de Tom le había abofeteado con ganas, sin pararse a pensar que pegaba a una mujer.

El timbre del apartamento volvió a sonar.

Joyce devolvió el pañuelo al bolso, cerró éste y se dirigió hacia la puerta. Suspiró hondamente, tratando de serenarse.

Después, abrió.

Lo que vio la dejó muy sorprendida. Sí, era Robert Sukman, desde luego.

Pero... ¡llevaba puesto un casco de motorista! Portaba, también, un bonito ramo de flores.

Pero Joyce apenas reparó en las flores. Sólo tenía ojos para el casco.

Era rojo y negro.

La mar de llamativo. Robert Sukman sonrió.

—Soy un tipo puntual, ¿eh, Joyce? La joven señaló el casco con el dedo.

—¿Para qué diablos se ha puesto eso?

—Para proteger mi cabeza del posible jarronazo. No quisiera ser la envidia del hospital, como usted predijo...

Joyce contuvo una sonrisa.

—Está usted chiflado, señor Sukman.

—Quedamos en que me llamaría Robert.

—No quedamos en nada.

—Qué mala memoria tiene usted, Joyce.

—Es la suya la que falla.

Sukman le ofreció el ramo de flores.

—Son para usted, Joyce.

La joven vaciló.

—No irá a rechazarlas, ¿verdad? —dijo Sukman.

—Bueno, ya que las ha traído... —respondió Joyce, aceptando el ramo.

—¿Le gustan?

—Sí, son bonitas.

Robert Sukman carraspeó ligeramente.

—¿No va a invitarme a entrar, Joyce?

—Entraría usted de todos modos, así que... —suspiró la joven, dejándole el paso libre.

—Gracias, muy amable —sonrió Sukman, pasando al interior del apartamento. Joyce lo condujo al *living*.

—Tome asiento, si quiere.

—Gracias —dijo Sukman, sentándose en el sofá. Joyce se quedó mirándolo con burlona expresión.

—¿Es que no va a quitarse el casco?

—Me lo quitaré si me promete usted que no habrá jarronazo, Joyce. La joven no pudo contener la sonrisa esta vez.

—Sólo tengo un jarrón, y lo necesito para poner las flores.

—Eso es lo que yo pensé, por eso se las traje —rió Sukman, despojándose del casco, el cual dejó sobre la mesa.

Joyce acabó riendo también.

—Es usted un hombre muy astuto, Robert.

—Y usted una chica encantadora. ¿A que se lo han dicho por lo menos un millón de veces?

—No, no tantas.

Joyce puso las flores en el jarrón y luego preguntó:

—¿Le sirvo algo de beber, Robert?

—Sí, por favor. Quiero celebrarlo. La joven subió las cejas.

—¿Qué es lo que quiere celebrar?

—El que por fin me haya perdonado usted la ducha de barro. Joyce cruzó los brazos sobre su busto.

—¿Y quién le ha dicho a usted que le haya perdonado?

—Nadie, pero no hace falta. Salta a la vista que ya no está enfadada conmigo. No me ha roto el jarrón en la cabeza, ha aceptado mis flores, me ha permitido entrar en su apartamento, me ha ofrecido una bebida, sonrío y hasta ríe... Y lo hace de una forma maravillosa, Joyce.

La joven se acercó al mueble bar, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué prefiere, Robert?

—¿Qué prefiere usted?

—Yo voy a servirme un poco de *whisky* con soda.

—Que sean dos de eso.

Joyce preparó las bebidas y se sentó en el sofá, junto a Sukman.

—Su *whisky* con soda, Robert.

—Gracias —sonrió Sukman, aceptando el vaso que le ofrecía la joven.

Se quedó mirándola fijamente, sin probar el *whisky*. Joyce sonrió

también.

—¿Qué pasa, tengo monos en la cara?

—No... Pero sí tiene la mejilla izquierda muy irritada...

La sonrisa desapareció de los rojos labios de la muchacha. Joyce, instintivamente, se llevó la mano a la castigada mejilla. Sukman también había dejado de sonreír.

—¿Qué le ha ocurrido, Joyce?

—Nada —musitó ella.

—¿No quiere contármelo?

—No hay nada que contar, Robert —dijo la joven, rehuyendo la mirada de él. Sukman le tomó una mano y se la oprimió cariñosamente.

—Puede confiar en mí, Joyce. La muchacha siguió callada.

—¿Quién le pegó? —inquirió Sukman. Joyce se estremeció visiblemente.

—Nadie me pegó.

—Sí, le han dado una bofetada, no hace mucho. Y ha llorado usted. Tiene los ojos ligeramente enrojecidos.

Joyce sintió que se le humedecían de nuevo. Unos segundos después, confesaba:

—Está usted en lo cierto, Robert. Me dieron una bofetada, una dura bofetada, y lloré... Los ojos de Robert Sukman se entornaron levemente, adquiriendo un brillo metálico.

—¿Quién fue, Joyce?

—Un tipo.

—Dígame su nombre.

—¿Para qué?

—Le enseñaré a tratar a las mujeres. Joyce esbozó una sonrisa.

—Se lo agradezco, Robert, pero no quiero que se busque problemas por mí.

—Será un placer romperle la cara a ese hombrecito, se lo aseguro.

—Olvídelo, será mejor. Yo también trataré de olvidarlo.

—¿Por qué le pegó?

—Prefiero no hablar de ello, Robert.

—Está bien, como quiera. Pero prométame que si ese valiente vuelve a ponerle la mano encima, me dirá quién es y dónde puedo encontrarle. ¿Me lo promete, Joyce?

—Se lo prometo, Robert.

—Bien.

Sukman se llevó el vaso a los labios e ingirió un sorbo de *whisky*.
Joyce le imitó.

—¿Está dispuesta, Joyce? —preguntó Sukman.

—¿Dispuesta? ¿Para qué?

—Le dije que la iba a invitar a cenar esta noche, ¿no lo recuerdas?

—¿Qué le parece si lo dejamos para mañana? —sugirió Joyce.

—¿Para mañana...?

—Estoy un poco cansada, Robert...

—No le estoy pidiendo que me ayude a descargar un camión de sacos de judías, Joyce, sino que me acompañe a cenar.

La joven rió.

—Qué ocurrencia...

—Diga que sí, Joyce, por favor. La muchacha dio un suspiro.

—Está bien, cenaré con usted, Robert.

—¡Magnífico!

—Espere que me arregle un poco.

—Tómese todo el tiempo que haga falta. Ya sabe que quiero ser la envidia del restaurante... —dijo Sukman, guiñándole el ojo.

Joyce, sonriendo, se levantó del sofá y se introdujo en su cuarto.

CAPÍTULO V

Ya en el restaurante, sentados el uno frente al otro, Robert Sukman comentó:

—¿No le dije que iba a ser la envidia del restaurante, Joyce? Joyce Addison sonrió.

—Dijo usted que quería ser la envidia del restaurante, no que fuera a serlo.

—Pero estaba seguro de que iba a serlo. Y no me equivoqué. Todo el mundo la mira. Joyce observó a los demás clientes del restaurante.

—No me mira nadie, embustero.

—Oh, sí, ya lo creo que la miran —insistió Sukman—. Lo que pasa es que lo hacen disimuladamente, para no llamar la atención.

—Ya.

—Está usted preciosa, con ese bonito vestido de noche.

—Gracias.

—En realidad, usted está preciosa de todos modos. Hasta vestida de bombero estaría maravillosa.

Joyce no pudo contener la risa.

—No diga más tonterías y siga cenando, haga el favor.

—No son tonterías, Joyce.

—¿Ah, no? ¿Decir que yo estaría favorecida vestida de bombero no es una tontería?

—Sigo pensando que no. Estaría monísima, con el casco puesto y con la manguerita en las manos, lanzando el chorro de agua sobre la casa en llamas... Ya me parece estar viéndola, Joyce.

La joven volvió a reír.

—Está usted como una regadera, Robert.

—Y usted como un tren —se le escapó a Sukman.

—¿Cómo? —exclamó la joven, agrandando los ojos. Sukman tosió, tratando de ahogar sus propias palabras, pero ya era tarde para eso.

—No he dicho nada, Joyce.

—Sí, sí ha dicho algo, y yo lo he oído perfectamente.

—Le aseguro que...

—Ha dicho que estoy como un tren. Sukman tosió de nuevo.

—Lo siento, se me escapó.

—Como se le vuelva a escapar un piropo tan poco fino, me levanto y le dejo plantado —amenazó Joyce, mostrándose enfadada, aunque no lo estaba en absoluto.

En realidad, le había hecho mucha gracia la expresión. Sukman carraspeó.

—No volverá a suceder, se lo aseguro.

—Bien.

La joven reanudó la cena, pero Sukman no.

—Joyce...

—¿Qué?

—¿Se ha enfadado conmigo?

—Un poco.

—Si no me perdona, no podré seguir comiendo.

—Ya está poniendo usted otra vez cara de mártir.

—¿Me perdona o no? Joyce sonrió suavemente.

—Sí, hombre, le perdono.

—Gracias.

Unos segundos después, Robert Sukman preguntaba:

—¿Trabaja usted, Joyce?

—Trabajaba. Ahora estoy sin empleo. Me despidieron hace unos días de la oficina en donde prestaba mis servicios —explicó la joven.

Sukman pestañeó un par de veces.

—¿Que la despidieron...?

—Sí.

—Oh, cuánto lo siento... Joyce le miró a los ojos.

—¿No va a preguntarme por qué me despidieron?

—No, no sería correcto.

—No me importa decírselo, Robert: me despidieron porque no accedí a hacer el amor con mi jefe en el sofá de su despacho. Ni en

el sofá ni en ningún otro sitio, claro.

Sukman se quedó con la boca abierta.

—¿Quiere decir que su jefe le propuso...?

—Oh, no, ni siquiera se molestó en proponérmelo. Fue directamente al asunto, como si estuviese totalmente convencido de que yo no iba a negarme a complacerle. Como las otras chicas de la oficina se someten siempre a sus deseos la mar de complacidas... El paga muy bien esa clase de servicios, ¿sabe?

—¿Ah, sí?

Joyce asintió con la cabeza y añadió:

—A mí no me interesa ganar el dinero así. Por eso forcejeé con él cuando me echó los brazos encima. Y cuando vi que se disponía a besarme en los labios, le di una sonora bofetada.

—¡Bien hecho, Joyce! —aprobó Sukman.

—El jefe se puso muy furioso y me despidió aquella misma tarde.

—Qué cerdo... Joyce suspiró.

—Ésa es mi triste historia... Ahora hablemos de usted, Robert.

—¿De mí? —sonrió Sukman.

—¿A qué se dedica?

—Soy técnico de la NASA^[1].

Joyce palideció ligeramente.

—¿Técnico de la NASA? —repitió, con apagada voz.

—Sí, trabajo en el centro espacial. Y tengo un cargo bastante importante, pese a que sólo cuento veintinueve años de edad... Oh, me temo que acabo de pecar de presuntuoso, no debí decir eso —se censuró a sí mismo Sukman, sacudiendo la cabeza. Joyce forzó una sonrisa.

—¿Por qué no, si es verdad? Yo, en su lugar, también me sentiría orgullosa de desempeñar un cargo importante en la NASA.

—Gracias, Joyce.

—¿Por qué?

—Por ser tan comprensiva, además de tan bonita.

—Oh, Robert, no empiece de nuevo...

—Este piropero ha sido muy fino. ¿O no?

—Sí, pero no me lance más, por favor. Me ponen nerviosa, ¿sabe?

—¿De veras?

—Sí.

—Entonces no volveré a elogiar su belleza, aunque sé que me va a ser difícil.

—Eso es otro piropo, Robert.

—Sí, es verdad —rió Sukman—. Oiga, tengo una idea. ¿Qué le parece si, cuando acabemos de cenar, nos vamos a mover un poco el esqueleto en algún club nocturno?

—¿Le gusta bailar, Robert?

—Oh, sí, mucho. Fred Astaire, a mi lado, odia el baile. ¿Y usted, Joyce?

—A mí también me encanta.

—¡Estupendo!

—Pero estoy un poco cansada, Robert, ya se lo dije.

—No se preocupe. Dejaremos las piezas movidas para los demás y nosotros bailaremos sólo las lentas. ¿De acuerdo, Joyce?

—De acuerdo, Robert —sonrió la joven.

—¡Bien! —exclamó Sukman, muy alegre.

* * *

El Cosmos Club estaba prácticamente en penumbra. Luces rojizas.

Tenues. Indirectas...

Sobre una plataforma, un grupo musical interpretaba una lenta y suave melodía, que invitaba a las parejas que se hallaban en la circular pista a estrecharse más, a acariciarse, a besarse...

La primera de estas tres cosas ya la estaba haciendo Robert Sukman.

El técnico de la NASA había cerrado más su brazo derecho en torno a la grácil cintura de Joyce Addison, obligando a la joven a pegarse materialmente a él.

Ella le miró.

—Robert...

—¿Qué?

—Se está usted pasando...

—¿Pasando?

—No soy un sello, ¿sabe? Sukman pestañeó.

—No la entiendo, Joyce...

—Me entiende usted perfectamente, así que haga el favor de aflojar su brazo.

—¿Le disgusta mi proximidad?

—No es que me disguste, pero...

—Le doy mi palabra de que no tengo ninguna enfermedad contagiosa. Joyce sonrió.

—Se ve que es usted un hombre sano. Y fuerte. Como siga presionando así sobre mi cintura, acabará partiéndome en dos.

—Sería todo un problema, porque no sabría con cuál de las dos mitades quedarme. Son las dos tan completas...

Joyce le atizó un puntapié a la espinilla.

—¡Ay! —gritó ahogadamente Sukman, arrugando la cara.

—A ver si así aprende.

—¿A qué?

—A no piropear me más. Le advertí que me ponía nerviosa.

—¿Y siempre que se pone nerviosa le da por patear espinillas masculinas?

—Sí.

—Mañana mismo me compro unas espinilleras.

—Afloje de una vez el brazo o le atizo en la otra espinilla.

—¿Me deja que lo piense?

—¿Cuánto tiempo necesita para pensarlo?

—Un par de horas.

—Es usted un sinvergüenza, Robert —dijo Joyce, pero con la sonrisa en los labios.

—Descanse la cabeza sobre mi hombro, Joyce —sugirió Sukman.

—Para poder besarme en el cuello, ¿verdad? Sukman abrió la boca.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Ya hace siete que cumplí los catorce, Robert.

—¿De qué me está hablando?

—De años, naturalmente.

Sukman iba a decir algo, pero se interrumpió, porque alguien acababa de tocarle el hombro.

El técnico de la NASA giró la cabeza.

Se encontró con un tipo bastante alto, de unos treinta y dos años de edad y atlética constitución, no mal parecido, aunque sus facciones no se podían distinguir con absoluta nitidez debido a la

especial iluminación del Cosmos Club.

—¿Ocurre algo? —preguntó Sukman.

—Cambio de pareja, amigo —dijo el tipo, sonriendo.

—A mí me gusta la que tengo, no la cambio con nadie... —respondió Sukman.

—A lo mejor a Joyce no le gusta demasiado la suya, y desea cambiar... Sukman miró a la joven, frunciendo el ceño.

Ella tenía los ojos fijos en el tipo que les había interrumpido.

—¿Conoces a este hombre, Joyce? —preguntó Sukman.

—Sí. Trabajé para él hasta hace unos días —respondió la muchacha, muy seria. Sukman agrandó los ojos.

—¿Es tu jefe...?

—No, ya no lo es. El tipo rió.

—Sí, es cierto, amigo. Joyce trabajó para mí. Me vi obligado a despedirla, porque es muy antipática. Por cierto, que en mi oficina se las daba de chica muy puritana... Por eso me extrañó tanto verla pegada a usted como una lapa.

Sukman apretó las mandíbulas.

—Usted aún va a ver más cosas, amigo —masculló.

—¿Como por ejemplo...? —sonrió presuntuosamente el tipo.

—¡Las estrellas! —respondió Sukman, disparando su puño derecho.

CAPÍTULO VI

El ex jefe de Joyce Addison recibió el trallazo en la mandíbula y salió despedido hacia atrás, arrollando a una de las parejas que bailaban amarteladas.

El tipo derribado por el ex jefe de Joyce, junto con su pareja, una rubia de físico muy estimable, se puso rápidamente en pie y fue a pedirle explicaciones al hombre que los había arrollado.

—¡Eh, amigo! ¿Con qué derecho...? No pudo acabar la frase.

El ex jefe de Joyce le conectó un puño en la cara y lo mandó de nuevo al suelo, donde quedó medio inconsciente.

—¡Salvaje! —gritó la rubia atractiva.

El ex jefe de Joyce la apartó de un violento empujón y fue en busca de Robert Sukman, dispuesto a cobrarle el castañazo.

No pudo cobrarse nada, porque el técnico de la NASA esquivó con habilidad el puñetazo y acto seguido le hundió la mano en la región del hígado.

Cerrada, claro.

—¡Huag...! —bramó el tipo, doblándose en forma de garrote.

Sukman lo enderezó con un buen gancho de izquierda y un segundo después le estrellaba de nuevo los nudillos en el rostro, justo sobre el pómulo zurdo.

El ex jefe de Joyce volvió a correr hacia atrás y arrolló a otra pareja.

El tipo de antes, el amigo de la rubia atractiva, ya se había puesto nuevamente en pie, pero todavía no podía ver con normalidad.

Entre esto, y la poca iluminación del club, no fue extraño que el sujeto se confundiera, y en lugar de pegarle al ex jefe de Joyce, le planchó la oreja a un tipo que estaba acompañado por una pelirroja

de lo más apetecible.

El amigo de la pelirroja estupenda chocó involuntariamente contra un individuo de generoso mostacho y le partió la ceja zurda de un cabezazo.

Entretanto, habían sucedido muchas otras cosas.

El ex jefe de Joyce se había liado a golpes con el segundo tipo arrollado por él, a quien acompañaba una morena de busto exuberante.

El amigo de la rubia atractiva seguía sin ver bien, y como todos le parecían el ex jefe de Joyce, estaba pegando a mucha gente.

Ya había hecho crujir una quijada, destrozado dos bocas y abierto tres pómulos.

El tipo cuya oreja había alisado el amigo de la rubia atractiva se había enzarzado a golpes con un sujeto de cabeza alargada como un pepino, y le estaba poniendo la cara colorada como un tomate.

Tomate y pepino, excelentes ingredientes para una buena ensalada.

Eso precisamente, una ensalada, pero rusa, parecía la cara del bigotudo a quien el amigo de la pelirroja estupenda le había partido la ceja de un cabezazo, pues el bigotudo a su vez le había destrozado las narices a un individuo de gran corpulencia, y, aunque había sido involuntariamente, éste le estaba recetando una serie de puñetazos, tan variada como contundente.

El Cosmos Club se había convertido en un auténtico campo de batalla.

Allí todo el mundo se sacudía. Hasta las mujeres.

Sí, sí, hasta las mujeres.

La rubia atractiva y la pelirroja estupenda se habían lanzado la una sobre la otra, y no sólo se daban puñetazos, como los hombres, sino que se tiraban del pelo, se arañaban y se mordían con saña.

La morena de busto exuberante se estaba peleando con una chica de pelo castaño, y ésta, de un zarpazo, le desgarró el escote del vestido hasta casi el ombligo.

La morena dio un chillido y se cubrió velozmente el pecho con los brazos, porque no usaba sujetador, y todo había quedado a la vista.

La chica de pelo castaño, aprovechando que su rival tenía las manos ocupadas, le pegó un puñetazo en la barbilla y la tiró de

espaldas.

—¡Esto no lo hubiera mejorado ni el mismísimo Rocky Marciano! —exclamó la joven de pelo castaño, eufórica.

Sin embargo, su euforia duró poco, porque una rubia de pelo muy corto cayó sobre ella, por la espalda, y la derribó, cayendo ambas sobre la morena de busto exuberante, que había quedado medio atontada del castañazo, y ya no se preocupaba de cubrirse nada.

Entretanto, Robert Sukman había cogido por un brazo a Joyce Addison y empezaba a abrirse paso hacia la puerta de salida del Cosmos Club, el cual a la vista de lo que allí estaba sucediendo, debería cambiar de nombre y pasar a llamarse el Castañazos Club.

—¡Hemos de salir de este infierno, Joyce! —gritó Sukman.

—¡Estoy de acuerdo, Robert! —contestó la joven.

Sukman se vio obligado a repartir algunos puñetazos más, pero finalmente él y Joyce lograron alcanzar la puerta y salieron del local.

Justo cuando se introducían en el «Chevrolet» azul del técnico de la NASA, llegaban dos coches de la policía, haciendo aullar sus sirenas.

Ocho agentes descendieron rápidamente de los vehículos y, porra en mano, se introdujeron en el Cosmos Club.

Sukman exhaló un hondo suspiro.

—Nos hemos librado por un pelo, Joyce.

—¡Sí! Unos segundos más, y acabamos en la comisaría.

—Seguro —sonrió Sukman.

—¡Larguémonos cuanto antes de aquí, Robert!

Sukman puso el coche en marcha y se alejaron del lugar. Joyce, algo más tranquila ya, dijo:

—No debió pegarle usted a mi ex jefe, Robert.

—Se lo merecía —repuso Sukman.

—Ya sé que se lo merecía, pero...

—La insultó delante de mí. Ese tipo necesitaba que alguien le diese una lección, y yo se la di con mucho gusto.

—Pero armó usted el gran follón en el Cosmos Club...

—Fue él quien lo armó, no yo. Además, si su ex jefe no se hubiese acercado a nosotros, nada habría sucedido.

—Sí, eso es cierto... —admitió Joyce.

—Fue él quien le pegó esta tarde, ¿verdad?

La joven, tras unos segundos de silencio, mintió:

—Sí, fue él...

—Y todavía dice que no debí pegarle, ¿eh? —Gruñó Sukman—.

Lo que debí hacer es saltarle todos los dientes a puñetazos.

Joyce se mantuvo callada. Sukman la miró un instante.

—¿Por qué le pegó, Joyce?

—Se presentó en mi apartamento, dispuesto a pedir me perdón por lo ocurrido en su despacho y a rogarme que volviera a la oficina, según dijo —siguió mintiendo la joven—. Yo me negué rotundamente. Entonces él, mostrando sus verdaderas intenciones, me abrazó y buscó mi boca. Yo le di una bofetada, como en su despacho. El me la devolvió. Me pegó tan fuerte, que me tiró al suelo. Desde allí le amenacé con chillar como una loca si no se marchaba inmediatamente. El dio media vuelta y se largó.

—Ya verá como no vuelve más por su apartamento —dijo Sukman.

—Seguro que no.

Minutos después, Robert Sukman detenía el «Chevrolet» frente al edificio de apartamentos en donde vivía la muchacha.

—¿Me permite que la acompañe hasta su apartamento, Joyce? Ella sonrió con suavidad.

—Será mejor que nos despidamos aquí, Robert.

—¿Por qué? ¿No se fía de mí?

—No demasiado, ésa es la verdad. Sukman se mostró ofendido.

—Yo soy un caballero, Joyce.

—Eso no lo pongo en duda.

—Si no lo dudara, me dejaría subir con usted. Y me invitaría a entrar unos minutos en su apartamento. Y me ofrecería una copa, como esta tarde.

—Otro día, Robert.

—¿Por qué no hoy? —insistió Sukman.

—Es tarde.

—Qué va a ser tarde... Es una hora estupenda para eso.

—¿Para qué? —preguntó la joven, con ironía.

—Ya está pensando mal, ¿eh? —rezongó Sukman. Joyce rió.

—Buenas noches, Robert. Y muchas gracias. Por haberme invitado a cenar, y por haberle dado su merecido a mi ex jefe.

—Por usted yo sería capaz de pegarme con Joe Frazier. La joven volvió a reír.

—Prefiero que no se pegue con nadie más.

—Joyce... —murmuró Sukman, cogiéndole una mano.

—¿Qué?

—¿Puedo darle un beso?

—¿Qué haría si le dijese que no?

—Me temo que intentaría besarla de todos modos...

—Eso precisamente es lo que me temía yo —sonrió encantadoramente Joyce. Sukman acercó su rostro al de ella y la besó dulcemente en los labios.

Después, se miraron a los ojos.

—¿Cuándo volveremos a vernos, Joyce?

—No sé...

—¿Cenamos juntos mañana?

—¿Otra vez?

—Otra vez.

—Bueno, si lo desea...

—No sabe cuánto.

—Entonces, hasta mañana.

Joyce salió del coche y se cubrió los desnudos hombros con su chal blanco. Sonrió nuevamente al técnico de la NASA y se dirigió al portal, cruzándolo.

Lo primero que hizo al entrar en su apartamento fue quitarse los zapatos de alto tacón.

Descalza, se dirigió a su cuarto.

Al pasar por el *living* descubrió, sobre la mesa, el casco de motorista de Robert Sukman.

—Oh, Robert, nos olvidamos del casco... —murmuró, sonriendo. Entonces, sonó el timbre del apartamento.

Joyce, convencida de que sería Sukman, que subía por el casco, lo cogió y fue hacia la puerta.

Abrió.

Se quedó helada.

No era Robert Sukman, sino Mark Birney, el dueño del estudio fotográfico. Y con él estaba el mamut de Tom.

CAPÍTULO VII

Mark Birney levantó la mano, apoyó su dedo índice en el pecho de la muchacha, y empujó suavemente.

Joyce Addison retrocedió maquinalmente, pálida como un difunto. El fotógrafo penetró en el apartamento.

El grandullón de Tom lo hizo a continuación, cerrando la puerta con el tacón. Birney, sin mirar a su compañero, recordó con ironía:

—¿No tenías algo que decirle a nuestra buena amiga Joyce, Tom?

—Sí —habló el camión humano, con su ronca y desagradable voz de siempre.

—¿Y a qué esperas?

Tom elevó la mano derecha y estrelló el dorso de la misma en la mejilla de la muchacha, en brutal revés.

Joyce dio un grito y cayó al suelo, perdiendo el casco de motorista.

Como la otra vez, empezó a sangrar ligeramente por la comisura de la boca. Mark Birney, mirándola ahora con dureza, ordenó:

—En pie, Joyce.

La joven no se movió.

Sus ojos se habían llenado de lágrimas, y éstas empezaron a deslizarse por sus mejillas.

—¿Te levantas por ti sola o le digo a Tom que te ayude? —amenazó Birney.

Joyce, adivinando la clase de «ayuda» que recibiría del rinoceronte de Tom, comenzó a incorporarse.

Lo hizo muy lentamente, como si temiera ser golpeada de nuevo. Por el momento, sin embargo, Tom continuó quieto.

—¿Por qué me ha golpeado su amigo? —preguntó la joven al

fotógrafo.

—Nos mentiste, Joyce —masculló Birney—. Dijiste que no conocías a Robert Sukman, que no lo habías visto nunca. Sin embargo, unos minutos después de que nosotros abandonásemos tu apartamento, Sukman estacionaba su «Chevrolet» azul delante de este edificio, descendía del coche y se introducía en el portal. Tom estaba en la calle, vigilando, y le vio llegar. Se puso en contacto conmigo telefónicamente y me dio la sorprendente noticia. Yo me reuní rápidamente con él y esperamos. Poco después, Sukman y tú salíais del edificio, subíais al «Chevrolet» y os largabais. Nosotros os seguimos hasta el restaurante y, luego, hasta el Cosmos Club, de donde salisteis con muchas prisas, justo cuando llegaba la policía. Hubo gresca en el club, ¿no?

—Sí... —musitó Joyce, limpiándose la sangre con el dorso de la mano.

—¿Qué sucedió?

—Un tipo se metió conmigo, y Robert Sukman y él pelearon... La pelea se hizo rápidamente general, y huimos, para evitarnos problemas con la policía...

Mark Birney clavó sus ojos en los de la muchacha e interrogó:

—¿Por qué nos mentiste, Joyce?

—No lo sé...

—¿Cómo que no lo sabes? Tiene que haber una razón... La joven siguió callada.

Tom se dejó oír:

—¿La hago cantar, Mark?

—Tú te quedarás quieto hasta que yo te diga —rezongó Birney. Tom mostró sus enormes dientes.

—La chica me lo diría enseguida, Mark. Observa cómo tiembla... Era cierto.

La intervención del gigante había producido un profundo escalofrío en la asustada muchacha, que por un momento se había visto siendo «trabajada» por él.

—Tiembla porque tú, cuando te lo propones, serías capaz de asustar al mismísimo monstruo del doctor Frankenstein, caso de que te lo encontraras —repuso Birney.

A Tom le hizo gracia la respuesta del fotógrafo y empezó a reír.

Su risa era tan bronca que recordaba el ruido producido por una

manada de bisontes en plena estampida.

Joyce volvió a estremecerse. Birney gruñó:

—Deja de reír, Tom, que asustas más a la chica.

El hipopótamo de Tom interrumpió su bronca risa y dio la impresión de que la manada de bisontes en estampida se detenía en seco.

Mark Birney interrogó:

—¿Desde cuándo conoces a Robert Sukman, Joyce?

—Lo conocí esta mañana... —respondió la joven. Birney arrugó el entrecejo.

—¿Esta mañana?

—Sí... Poco después de dejar su estudio... Robert Sukman pasó con su coche por un charco y me manchó de barro el suéter y los pantalones...

Birney y el gorila de Tom intercambiaron una mirada, como preguntándose si la joven estaba diciendo la verdad o mintiendo de nuevo.

—¿Qué pasó después? —inquirió el fotógrafo.

—Yo, como es lógico, me puse muy furiosa, le insulté y hasta quise arañarle la cara... —siguió explicando Joyce—. El me dio disculpas, se ofreció para llevarme a casa y, para desagraviarme, me invitó a cenar esta noche... Yo, en un principio, estaba absolutamente decidida a no salir con él, y así se lo dije, pero él no me hizo caso y se presentó a las ocho en mi apartamento, con un bonito ramo de flores... Como poco antes había pasado... lo que había pasado, me vi obligada a aceptar su invitación.

—¿Por qué traía Sukman un casco de motorista, además de las flores? —preguntó Birney.

Joyce se lo explicó.

—Vaya ocurrencia... —rió Birney. Seguidamente, inquirió—: ¿No le extrañó a Sukman tu cambio de actitud?

—No creo... Él estaba convencido desde un principio de que yo acabaría accediendo a salir con él esta noche. Es un hombre muy apuesto, debe de tener mucho éxito con las mujeres...

Mark Birney se tocó la barbita, sonriendo.

—Sí, ninguna se le resiste, según tengo entendido... Pero tampoco ninguna ha sabido conquistarle. Las mujeres se enamoran fácilmente de él, pero él no se enamora de ninguna... Esta vez, sin

embargo, va a ser distinto.

Joyce se quedó mirándolo fijamente.

—¿Qué quiere decir, Mark?

—Que va a enamorarse de ti, Joyce.

—¿De mí...? —Pestañeó la joven.

—Sí, de ti. Ésa es la segunda fase del asunto que nos llevamos entre manos. Y tú te encargarás de que se logre cuanto antes. Sukman tiene que enamorarse de ti. Perdidamente. Como un colegial. Entonces, te pedirá que te cases con él. Y tú le dirás que sí.

—¿Qué...? —Respingó la muchacha.

—Lo has oído perfectamente, Joyce.

—¿Cómo voy a casarme con Robert Sukman, sin estar enamorada de él? Birney rió.

—Es posible que aún no lo estés, pero te apuesto lo que quieras a que muy pronto lo estarás. Hemos quedado en que Sukman es un tipo irresistible, ¿no? Además, yo no he dicho que tengas que casarte forzosamente con él...

Joyce volvió a pestañear, desconcertada.

—¿No...? —musitó.

—No, Joyce. Yo sólo he dicho que, cuando Sukman te pida que seas su esposa, tú le responderás que sí. Entonces pondremos en marcha la tercera y última fase del plan. Una vez lograda, tú serás libre de casarte con Robert Sukman Q mandarlo a la porra, eso es cosa tuya.

Joyce guardó silencio durante unos quince segundos. Después, se atrevió a preguntar:

—¿Qué es lo que quieren ustedes de Robert Sukman? No obtuvo respuesta.

—Sukman es técnico de la NASA, desempeña un cargo importante... —siguió hablando la joven.

—Lo sabemos —sonrió Birney.

—Lo que ustedes pretenden de él, ¿está relacionado con su trabajo en el centro espacial?

—No hagas preguntas, será mejor para ti.

—Tengo que hacerlas, es necesario —insistió la joven, con una audacia que a ella misma sorprendió.

—No te busques problemas, Joyce —aconsejó Birney—. Límitate a cumplir nuestras órdenes, y así tal vez llegues a vieja.

La muchacha sintió frío en la espalda.

—¿Me está amenazando con matarme si no...? Mark Birney asintió con la cabeza.

—Veo que lo has entendido, Joyce. Si no cumples al pie de la letra todas nuestras instrucciones, Tom acabará contigo. Y no de un tiro en la sien, precisamente... Tardarías bastante en morir, y sufrirías horrores antes de expirar. Si hay algo que le encanta a Tom, es torturar a la gente. ¿No es cierto, Tom?

El bestia de Tom sonrió cavernosamente.

—Sí, disfruto una barbaridad... Especialmente, si se trata de una muchacha bonita... Joyce volvió a sentir frío, pero esta vez no sólo en la espalda, sino en todo el cuerpo.

—¡Ah!, y aún hay otra cosa, Joyce: las fotografías —dijo Birney—. Si nos obligaras a liquidarte, ya no nos servirían de nada, así que las vendería a alguna revista erótica. Son todas magníficas, seguro que sacaría una bonita suma por ellas. Tu cuerpo desnudo sería contemplado por millones de hombres, no sólo de nuestro país, sino del mundo entero... No te gustaría eso, ¿verdad?

La joven, que había enrojecido perceptiblemente, musitó:

—No, no me gustaría...

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer. En marcha, Tom.

Mark Birney y su compañero caminaron hacia la puerta y salieron del apartamento.

CAPÍTULO VIII

Al día siguiente, unos minutos antes de las ocho de la tarde, Robert Sukman pulsaba el timbre del apartamento de Joyce Addison.

La joven abrió.

—Hola, Robert —dijo, sonriendo.

—¡No es posible...! —exclamó el técnico de la NASA mirando a la muchacha con ojos agrandados.

Joyce pestañeó.

—¿El qué no es posible?

—¡Está usted aún más bonita que ayer, Joyce! La joven se echó a reír.

—Ya empieza usted con sus piropos, Robert. Sukman sonrió.

—Puede darme un puntapié a la espinilla si quiere. Como llevo espinilleras...

—¡No!

—¡Sí, sí!, mire —dijo Sukman, subiéndose las perneras de los pantalones hasta casi las rodillas.

—¡Oh!, es cierto...

—Son de futbolista. Me las compré esta mañana. Joyce sacudió la cabeza, riendo.

—¡Es usted tremendo, Robert! Sukman la miró significativamente.

—Yo también podría hablar de cosas tremendas, pero prefiero callarme por ahora.

—Sí, será mejor para usted, pues pese a llevar espinilleras de futbolista, podría fracturarle la tibia y el peroné de un puntapié, se lo advierto.

Sukman carraspeó.

—Sólo estaba bromeando, Joyce.

—Yo también —sonrió la muchacha.

—¿Está usted lista?

—Sí. Podemos irnos cuando quiera.

—Oh, por mí, ahora mismo.

—Espere que coja el chal.

Joyce fue hacia el *living*, sobre uno de cuyos sillones descansaba el chal.

—¡Robert! —llamó desde allí.

—¿Qué?

—Anoche se olvidó de llevarse el casco.

—No fue olvido —confesó Sukman, penetrando en el apartamento. Joyce le miró, sorprendida.

—¿Que no fue olvido...?

—No, lo dejé adrede. Me hubiera servido de pretexto para volver por su apartamento, caso de que usted se hubiese negado a salir de nuevo conmigo.

—¡Oh! ¡Pero qué zorro es usted, Robert! —rió la joven.

—Mi abuela ya lo decía —rió también Sukman.

Joyce se echó el chal sobre los hombros y dijo:

—Vámonos, señor zorro.

—Prefiero que me llame lobo.

—¿Por qué?

—Así yo la llamaría a usted Caperucita Roja.

—Y tendría una excusa para comerme.

—Exacto.

Joyce le apuntó con el dedo.

—Atrévase a mordirme y le dejo sin dientes de un codazo.

—Era otra broma, mujer.

—Pues ojo con esa clase de bromas.

—Ande, vámonos ya —dijo Sukman, tomándola del brazo.

Salieron del apartamento, descendieron a la calle y subieron al «Chevrolet» del técnico de la NASA.

Joyce observó con disimulo la calle, para ver si descubría a Mark Birney o al corpulento Tom.

No vio a ninguno de los dos.

Robert Sukman puso el coche en movimiento.

—¿Cenamos en el mismo sitio de ayer, Joyce? —sugirió, mirando a la joven.

—Por mí, de acuerdo.
—Vamos para allá, pues.

* * *

Después de cenar, decidieron ir a bailar a un club nocturno. No fue al Cosmos Club, desde luego, sino otro de características muy similares. Permanecieron casi tres horas en él.

Ya de regreso, Sukman preguntó:

—¿Lo ha pasado bien, Joyce?

—Sí, me he divertido mucho —respondió la muchacha.

—Yo también. A su lado es difícil aburrirse.

—Lo mismo digo, Robert.

—¿Qué le parece si nos tuteamos, Joyce?

—Por mí no hay inconveniente.

—Bien.

Poco después, Sukman estacionaba su «Chevrolet» junto a la acera del edificio donde vivía la joven.

—¿No vas a invitarme a tomar una copa en tu apartamento, Joyce?

—Otro día.

—Eso fue lo que dijiste ayer, y hoy ya es otro día, así que no puedes negarte.

—¡Eh! ¿Quién ha dicho que no puedo?

—Yo, Robert Sukman, técnico de la NASA. Te recuerdo esto último para que sepas que, si te pones a malas conmigo, soy capaz de mandarte a la Luna. Te meto en un cohete espacial, y ¡zas!, para allá que te vas.

Joyce rió.

—Está bien, te dejo subir. Pero como intentes propasarte conmigo, vas a tener que colocarte el casco.

—Tú sabes que soy de fiar, Joyce.

—Sigo teniendo mis dudas —dijo la joven, saliendo del coche. Sukman también salió.

Subieron los dos al apartamento de la muchacha.

Ya en el *living*, Joyce preparó un par de bebidas y se sentó en el sofá, junto al técnico de la NASA, a quien ofreció uno de los vasos.

—Gracias, Joyce.

—No hay de qué.

—¿Tomamos un sorbito o nos damos primero un besito? — sugirió Sukman.

—Tú no piensas más que en los besos, Robert.

—«Besando se entiende la gente», dice el refrán.

—El refrán dice «hablando», no besando.

—¿Ah, sí?

—Demasiado sabes que sí.

—Pues no estoy de acuerdo con el refrán. Dos personas que se hablan, pueden decirse algo feo y acabar a bofetadas, mientras que dos personas que se besan...

—También pueden acabar a bofetadas, porque los besos pueden dar paso a otras caricias más atrevidas, enfadarse la chica, y emprenderla a golpes con su pareja.

—Estoy seguro de que ése no será nuestro caso, Joyce —repuso Sukman, pasándole el brazo por la cintura.

La joven no dijo nada. Sukman la besó en los labios.

Primero, con suavidad; después, con moderada pasión.

Al ver que la muchacha no protestaba, Sukman dejó el vaso sobre la mesa, apoyó la otra mano en la cadera femenina y acentuó la presión de su boca sobre la de ella.

Joyce pasó a devolverle el beso al técnico de la NASA quien, por cierto, parecía ser técnico también en otras cosas, a juzgar por el efecto que en la joven producía su beso.

Un beso de lo más hábil. De lo más experto.

De lo más excitante.

La mano derecha de Sukman abandonó la cadera femenina, deslizándose hacia abajo. Joyce, al sentir que él le acariciaba la pierna, le puso la mano en el pecho y empujó, obligándole a apartarse de ella.

—¿Qué ocurre, Joyce? —preguntó Sukman, poniendo cara de no haber roto jamás un plato.

—Tu mano.

—¿Qué le pasa a mi mano?

—Está sobre mi muslo.

—¿De veras?

—¿Es que no lo ves?

—Oh, sí, es verdad... Pero está muy quietecita, como puedes

ver.

—Debe de estar tomándose un descanso.

—¿Quieres decir que antes se movía?

—Como una serpiente.

—Caramba, qué mano tan picarona —sonrió Sukman.

—Tan peligrosa, diría yo.

—Oh, no, no lo creo. Jamás ha matado a nadie. Ni siquiera ha robado. Nadie puede presentar cargos contra ella.

—Si no te marchas inmediatamente de mi apartamento, estoy segura de que yo sí podré presentar cargos contra tu mano.

—No quiere hacer nada malo, sólo acariciar.

—Robert...

—¿Sí?

—¿Cuáles son tus intenciones?

—Hacerte feliz.

—¿Sólo por unas horas?

—¿Qué?

—Quiero saber si no significo nada para ti, si sólo soy una más de tus conquistas.

—¿Quién te ha dicho que sea un conquistador?

—Tienes veintinueve años, y sigues soltero... Eso no es lógico en un hombre tan apuesto como tú. Sólo tiene una explicación: que no tomas en serio a ninguna mujer, que no eres partidario del matrimonio, que no te gusta estar atado... Hoy te diviertes con una chica bonita, mañana con otra, y pasado con otra.

—También tiene otra explicación, Joyce.

—¿Cuál?

—Que no me haya casado todavía por no haber encontrado a la mujer ideal.

—Sí, es posible. Pero yo sigo pensando que es por lo otro.

—Pues estás equivocada, Joyce.

—Me gustaría estarlo, de veras. ¿Y sabes por qué? Porque me gustas, Robert. Si supiera que no soy para ti sólo una aventura...

—No lo eres, Joyce.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. Eres distinta a todas las chicas que he conocido, y es lógico que sienta por ti algo distinto.

—Eso se lo dirás a todas, para hacerlas caer rendidas en tus

brazos.

—Nunca he conseguido una mujer mediante el engaño, Joyce. La joven no dijo nada.

—¿No me crees? —preguntó Sukman.

—Me gustaría creerte, Robert, pero nos conocemos tan poco...

—Lo suficiente, para que yo me haya enamorado de ti como un idiota.

—¡Robert! —exclamó la muchacha, abriendo mucho los ojos.

—Es la verdad, Joyce. Lo que no me había sucedido en veintinueve años, me ha sucedido en sólo dos días. Y me alegro de que por fin haya ocurrido.

—No sé qué decir, Robert... —musitó la joven.

—Tengo que hacerte dos preguntas, Joyce. Primera: ¿te has enamorado también de mí, o sólo te gusto un poco?

—Estoy enamorada de ti, Robert.

—Bien. Ahora, vamos con la segunda: ¿quieres casarte conmigo, Joyce? La joven no respondió.

Sukman observó que los ojos de la muchacha se humedecían, pero pensó que sería de emoción.

Le acarició la mejilla y repitió la pregunta:

—¿Quieres casarte conmigo, Joyce?

—Sí... —contestó ella, con un hilo de voz.

Sukman la abrazó con fuerza y unió su boca a la de la muchacha.

CAPÍTULO IX

Robert Sukman se estaba cambiando de traje.

Miró un instante su reloj. Eran sólo las siete y media.

Tenía tiempo suficiente para estar en el apartamento de Joyce a las ocho.

Como en los cuatro días anteriores, iban a cenar juntos, y a divertirse luego un rato en algún club nocturno.

Sukman se puso a silbar la canción *El amor es algo maravilloso*.

Y pensó que sí, que lo era de verdad.

Y él lo había conocido gracias a Joyce Addison.

¡Bendita tromba de agua!

¡Bendito charco!

¡Bendita ducha de barro!

Si no hubiera sido por todo eso, él no habría conocido a la encantadora muchacha, y ahora no se sentiría tan feliz.

Y aún lo sería más cuando estuviesen casados. Y eso iba a ser muy pronto.

Habían acordado casarse dentro de tres semanas.

A él le hubiera gustado casarse enseguida, pero Joyce dijo que debían esperar un poco, para estar más seguros de sus sentimientos.

Bien.

Tres semanas se pasaban volando.

Y como ni sus sentimientos ni los de ella iban a cambiar, dentro de tres semanas serían marido y mujer.

Sukman se puso la chaqueta y salió de su habitación.

Se dirigía ya hacia la puerta, cuando el timbre de la casa se dejó oír. El técnico de la NASA abrió.

Se encontró con un hombre de unos treinta y cinco años, delgado, de estatura corriente, con barbita de chivo.

Sí.

Era Mark Birney.

—¿Robert Sukman? —preguntó, con una amable sonrisa.

—Sí, yo soy —asintió Sukman.

—Mark Birney, para servirle —se presentó el fotógrafo, alargando su diestra. Sukman se la estrechó.

—¿En qué puedo servirle, señor Birney? —inquirió el técnico de la NASA.

—Tenemos que hablar, señor Sukman. Robert Sukman consultó su reloj.

—¿No podría volver en otro momento? Tengo una cita a las ocho, y no quisiera llegar tarde.

—Con Joyce Addison, ¿verdad? Sukman puso cara de sorpresa.

—¿Cómo lo sabe?

Birney rió.

—Yo sé muchas cosas sobre usted, señor Sukman. Y sobre Joyce también. Por ejemplo, sé que son ustedes novios, y que piensan casarse muy pronto... Tengo que felicitarle, señor Sukman, porque Joyce es una chica estupenda. No sólo es bonita, sino amable, simpática y honesta... Estoy seguro de que serán ustedes muy felices.

—Gracias, señor Birney.

—Déjeme entrar y hablaremos, señor Sukman.

—Lo siento, señor Birney, pero ya le he dicho que...

—Sí, que tiene que estar en el apartamento de Joyce a las ocho.

—Eso es.

—Ahórrese la molestia de ir señor Sukman. Perdería usted el tiempo. Robert Sukman arrugó el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Joyce no está en su apartamento.

—¿No?

—No.

—¿Dónde está?

—En cierto lugar, con un amigo mío. Sukman endureció el gesto.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, alargó el brazo y agarró por la camisa a Mark Birney.

—¿Qué lugar y qué amigo son éstos? —interrogó.

Birney no pareció inmutarse lo más mínimo por la amenazante actitud del técnico de la NASA.

—Me está arrugando la camisa, señor Sukman...

—Responda a mi pregunta o le aplasto la nariz de un puñetazo —masculló Sukman, elevando el puño.

—No lo haga, señor Sukman, o Joyce sufrirá las consecuencias. Si usted me pega a mí, mi amigo le pegará a ella. Usted no querrá que su novia sea maltratada, ¿verdad?

Sukman titubeó unos instantes, pero acabó bajando lentamente el puño y soltó a Birney.

—Así está mejor, señor Sukman —sonrió el fotógrafo, arreglándose la camisa.

—¿Han secuestrado a Joyce? —inquirió el técnico de la NASA, con ronca voz.

—Sí.

—¿Por qué?

—Déjeme entrar y se lo explicaré.

—Adelante —rezongó Sukman, dejándole el paso libre. Mark Birney penetró en la casa.

Sukman cerró la puerta y exigió:

—Hable, Birney.

—¿Aquí, en el recibidor?

—Sí.

Birney suspiró.

—Muy bien, hablaremos aquí...

—¿Por qué han secuestrado a Joyce?

—Para obligarle a usted a hacer algo que nosotros tenemos mucho interés en que haga, y que usted nunca haría si no tuviera una razón muy poderosa. Esa razón, como ya habrá adivinado, es Joyce. Mejor dicho: la vida de Joyce.

—¿Su vida...?

Birney asintió con la cabeza.

—Sí, señor Sukman. Si usted hace lo que pensamos pedirle, Joyce será puesta automáticamente en libertad, sana y salva. En cambio, si se niega, ella morirá.

Sobrevino un silencio. Birney no quiso romperlo.

Fue Sukman quien acabó haciéndolo:

—¿Qué es lo que quieren que haga?

—Sabotear el proyecto Astroom. Robert Sukman palideció.

—¿Sabotear el proyecto Astroom...? —repitió quedamente.

—Sí.

—No sabe lo que dice.

—Claro que sé lo que digo.

—Están ustedes locos, si creen que voy a hacer fracasar un proyecto tan importante. Mark Birney sonrió.

—Lo hará, señor Sukman, lo hará. La vida de Joyce Addison depende de ello, ya se lo he dicho. Y ella, de eso nos hemos informado bien, lo es todo para usted, del mismo modo que usted lo es todo para ella. ¡Joyce haría cualquier cosa por usted, y usted hará cualquier cosa por ella, estamos seguros! Sabotee el proyecto Astroom, y se la devolveremos ilesa, para que puedan ustedes casarse y ser felices.

Sukman apretó los maxilares.

—Me la devolverán, desde luego. Pero no porque yo haya hecho fracasar el proyecto Astroom. ¡Me la devolverán por la fuerza! —rugió el técnico de la NASA, incrustando su puño en el mentón del fotógrafo, cuya barbita de chivo estuvo a punto de afeitar en seco.

El golpe fue tan duro, que Mark Birney cayó al suelo y quedó medio inconsciente.

Sukman se arrodilló junto a él y le abrió la chaqueta, descubriendo la pistola automática que descansaba en la funda que llevaba Birney sujeta bajo la axila izquierda.

Se apoderó de ella y luego registró a Birney, por si éste llevaba cualquier otro tipo de arma.

No encontró ninguna más.

Tampoco nada que le sirviera de pista para descubrir el lugar donde habían llevado a Joyce.

Bien, Birney se lo diría.

Por las buenas o por las malas.

—¡Eh, Birney! —llamó, zarandeando al fotógrafo. Éste lo miró con ojos llenos de odio.

—No debió pegarme, Sukman...

—Pues pienso seguir golpeándole, Birney. Hasta que me diga dónde tienen a Joyce.

—No se lo diré, Sukman. Y por cada golpe que me dé, Joyce recibirá tres.

—Va a llevarme con ella, Birney.

—Pierde el tiempo, Sukman.

—Obedezca y se evitará sufrimientos.

—Me consolaré el saber que mi amigo hará sufrir mucho más a Joyce.

Sukman cerró sus dedos pulgar e índice de la mano izquierda sobre la barbita de Mark Birney y dio un violento tirón.

El fotógrafo pegó un chillido de dolor.

Sukman arrojó al suelo los cuarenta y pico de pelos que acababa de arrancarle a Birney y le cazó otros tantos.

Antes de tirar de nuevo, preguntó:

—¿Me lleva con Joyce, Birney, o sigo depilándole la barbita?

El fotógrafo, que tenía los ojos llorosos a causa del doloroso tirón, apretó los dientes y no respondió.

—Como quiera —dijo Sukman, y le arrancó otro montón de pelos de la barba.

Birney chilló de nuevo, más agudamente que antes, porque el dolor fue ahora mucho más intenso.

Sukman le atrapó por tercera vez la barba. Mejor dicho, lo que quedaba de la barba.

—¿Sigue pensando igual, Birney?

—¡Maldito...! —barbotó el fotógrafo, despidiendo unos lagrimones como guisantes.

—En el siguiente tirón pienso arrancarle por lo menos un centenar de pelos, Birney. Y estoy dispuesto a darle los que hagan falta, hasta dejarle sin un solo pelo. Y si aún sigue negándose a llevarme con Joyce, la emprenderé con los pelos de sus cejas. Y, luego, con los de su cabeza. Si después le confunden con Telly Savalas, suya será la culpa.

Birney siguió callado.

—Muy bien, voy con el tercer tirón —anunció Sukman.

—¡No, espere! —chilló el fotógrafo.

—¿Ha cambiado de idea, Birney? —sonrió el técnico de la NASA.

—Sí...

—¿Me llevará con Joyce?

—Sí...

—Muy bien. Vamos, póngase en pie.

Mark Birney se incorporó, rozándose con los dedos la menguada

barbita. Sukman no dejaba de apuntarle con la pistola.

—En marcha, Birney —indicó el técnico de la NASA, abriendo la puerta. El fotógrafo salió de la casa, empujado por Sukman.

—¿Dónde está su coche, Birney? —preguntó Sukman.

—Lo dejé a unos cincuenta metros de aquí —respondió Birney.

—Vamos por él.

Cruzaron el pequeño jardín, alcanzaron la acera y caminaron por ella. Como había varios coches estacionados en la calle, Sukman presunto:

—¿Cuál es el suyo?

—El «Pontiac» gris —respondió Birney. Fueron hacia él.

—Usted conducirá, Birney —indicó Sukman.

El fotógrafo se sentó al volante, y el técnico de la NASA lo hizo a su lado, encañonándole en todo momento.

Mark Birney se disponía a poner el coche en marcha cuando, de pronto, cayó sobre el volante, como muerto.

—¡Eh, Birney! —exclamó Sukman, cogiéndole por el hombro.

Entonces comprendió por qué Mark Birney había caído sobre el volante como un fardo.

Alguien acababa de alojarle una bala en la cabeza.

CAPÍTULO X

—Se lo han cargado... —musitó Robert Sukman, soltando el hombro de Mark Birney, cuyo cadáver volvió a quedar sobre el volante del «Pontiac».

El técnico de la NASA, pálido, miró hacia ambos lados de la calle. Un coche se alejaba rápidamente.

Se trataba de un «Buick» negro, y no pudo distinguir cuántas personas iban en él, aunque le pareció que eran dos hombres.

El «Buick» tomó la primera calle de la derecha y se perdió de vista. Sukman, por unos instantes, se quedó indeciso, sin saber qué hacer. Ya era tarde para tratar de seguir al «Buick» negro.

Sería perder el tiempo.

Sukman se dijo que lo primero que debía hacer era salir del «Pontiac» y alejarse rápidamente de él, antes de que alguien le viese allí, sentado junto a un cadáver, con una pistola automática en la mano.

Se guardó el arma en el bolsillo de la chaqueta, extrajo su pañuelo y lo pasó por el abridor de la portezuela, que poco antes había tocado, para cerrarla.

Sukman no quería dejar sus huellas en el coche de Birney.

Salió del «Pontiac» y pasó el pañuelo también por la manivela exterior de la portezuela. Seguidamente, echó a andar a buen paso por la acera, en dirección a su casa, donde se introdujo.

Fue directamente a la sala de estar y se sirvió *whisky* en un vaso, sin soda ni hielo. Después de ingerir un trago, se preguntó quiénes y por qué habrían asesinado a Mark Birney.

Imposible de saber por el momento, claro.

Pensó en Joyce Addison, en manos de aquel amigo de Birney, cuyo nombre no había llegado éste a mencionar, como tampoco había revelado el lugar donde habían llevado a la muchacha.

Pensó también en el proyecto Astroom.

El más importante de cuantos había llevado a cabo la NASA en los últimos años. Y querían que él lo hiciese fracasar...

No, no podía sabotear el proyecto Astroom.

Pero tampoco podía permitir que Joyce fuese asesinada. Tenía que impedirlo.

Sí, pero ¿cómo?

Por el momento, sólo podía hacer una cosa: esperar.

Era lógico pensar que los tipos que habían asesinado a Mark Birney se pusiesen en contacto con él.

O tal vez el amigo de Birney.

Quizá todos formasen parte del mismo grupo, y hubiesen eliminado a Mark Birney porque éste no había logrado el objetivo que le llevara a su casa, dejándose, además, arrebatar la pistola.

Sukman empezó a creer que eso era lo que había sucedido.

Birney debía de estar siendo vigilado por los ocupantes del «Buick» negro, y éstos, al verle salir de su casa con él, a empujones, y encañonado por su propia pistola, decidieron cargárselo.

Así de sencillo.

Sukman echó mano de su cajetilla de cigarrillos y se puso uno en los labios. Cuando se disponía a prenderle fuego, sonó el teléfono.

El técnico de la NASA tiró el cigarrillo y el encendedor de gas sobre la mesa ratona y se abalanzó materialmente sobre el teléfono, cuyo auricular descolgó de un zarpazo, pegándose el receptor al oído.

—¿Diga...?

—¿Robert Sukman? —preguntó una voz de hombre a través del hilo telefónico.

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Con un amigo.

—Dígame su nombre.

—¿Para qué? No le diría nada.

—¿Qué es lo que quiere? ¿Para qué me ha llamado?

—Para hablarle de Joyce Addison, su novia. Sukman notó un ligero estremecimiento.

—¿Le ha ocurrido algo? —inquirió.

—No, todavía no. Pero le ocurrirá, si no hace usted lo que le pidió Mark Birney.

—Mark Birney ha muerto.

—Lo sé. Yo disparé la bala que acabó con él.

—¿Por qué lo hizo?

—Birney era un estúpido. Permitió que usted le arrebatara la pistola, y sin duda iba a conducirlo hasta Joyce. Nos vimos obligados a liquidarle.

—¿Nos...?

El interlocutor del técnico de la NASA se echó a reír.

—Es usted muy observador, Sukman.

—Ya sospechaba que eran ustedes dos.

—¿Acaso nos vio?

—Sólo vi un «Buick» negro que se alejaba rápidamente, un instante después de que Birney cayese muerto sobre el volante, y me pareció que iban dos hombres en él.

—Sí, íbamos dos —confirmó el tipo. Hubo un silencio.

El sujeto preguntó:

—¿Sigue ahí, Sukman?

—Claro —gruñó el técnico de la NASA.

—¿Hará lo que le pidió Birney?

—No puedo.

—Claro que puede. Desempeña usted un importante cargo en el centro espacial, no tendrá dificultades para lograr que todo se vaya al traste.

—No soy capaz de una cosa así.

—¿Ni siquiera por Joyce Addison...? Sukman no respondió.

El tipo recordó:

—Sukman, si no hace fracasar el proyecto Astroom, su novia morirá... Y no tendrá una muerte dulce y rápida, se lo aseguro.

—¿Qué ganaran ustedes matando a Joyce?

—Nada, ya lo sé. Pero usted se quedará sin ella para siempre. Y el remordimiento de saber que estuvo en su mano la posibilidad de salvarla, y no lo hizo, no le dejará vivir en paz ni uno solo de los días que le resten de vida. Le mandaremos, además, una nota explicándole cómo murió su novia, y cuántas horas tardó en expirar. No sufrirá usted tanto como ella, pero casi.

—¡Canallas...! —barbotó Sukman. Su interlocutor rió.

—Sí, somos mala gente, Sukman. Pero nos pagan estupendamente por serlo, así que no nos importa.

—¿Quién les paga?

—Eso no le importa.

—Alguna potencia extranjera, ¿verdad?

—Piense lo que quiera.

—He acertado, estoy seguro.

—No alarguemos más esta conversación, Sukman. Dígame sólo si saboteará o no el proyecto Astroom.

—Necesito tiempo para pensarlo.

—Lo siento, pero no podemos dárselo. Tiene que decidirse ahora. Si me dice que sí, Joyce Addison no sufrirá ningún daño, se lo prometo.

—¿Y si le digo que no...?

—Antes de una hora, el tipo que la vigila empezará a torturarla, y mañana será cadáver. Un cadáver prácticamente irreconocible, Sukman.

—¡Pandilla de hienas...!

—Tiene cinco segundos para decidirse, Sukman. Uno... dos... tres... cuatro... y...

—¡Está bien, ustedes ganan!

—¡Bien! —exclamó el individuo, riendo.

—Pero pongo una condición. El tipo dejó de reír.

—¿Qué condición?

—Quiero ver a mi novia.

—¿Verla?

—Esta misma noche.

—Imposible, Sukman.

—¿Por qué?

—No podemos llevarle a donde ella está, sería peligroso.

—Llévenme con los ojos vendados.

—Aun así. Sería correr un riesgo innecesario.

—¡Tengo que verla, maldita sea! —rugió Sukman.

—¿Por qué?

—Quiero asegurarme de que está bien.

—Hablará con ella por teléfono, no se preocupe.

—¡No, por teléfono no me sirve! Podría tratarse de una grabación.

—Que desconfiado es usted, Sukman.

—¿Qué me responde?

—No puede verla, lo siento.

—Entonces, no sabotearé el proyecto Astroom.

—¿Y permitirá que su novia sea salvajemente torturada, y muerta?

—Es posible que ya lo esté.

—¿Muerta?

—Sí.

—Le juro que no, Sukman. La chica está bien, no ha sufrido ni un rasguño.

—Eso es lo que usted dice, pero yo no puedo creerlo si no lo veo con mis propios ojos. El tipo soltó un gruñido.

—¿Por qué diablos íbamos a matarla, Sukman? La necesitamos viva, para obligarle a usted a sabotear el proyecto Astroom.

—Con hacerme creer que está viva, es suficiente.

—¡Lo está, maldita sea! —gritó el sujeto, perdiendo la calma.

—Tengo que comprobarlo personalmente, ya se lo he dicho — insistió el técnico de la NASA.

Su interlocutor, tras un silencio, accedió:

—¡Muy bien, la verá usted personalmente, Sukman!

CAPÍTULO XI

Robert Sukman detuvo su «Chevrolet» en el lugar indicado por el tipo que minutos antes había hablado con él por teléfono.

Era una carretera de escaso tráfico.

Sukman apagó las luces y salió del coche, quedándose junto a él. Observó a su alrededor, pero no vio a nadie.

Cansinamente, extrajo sus cigarrillos, se llevó uno a la boca y lo encendió. Transcurrieron unos cinco minutos sin que nada ni nadie rompiera el silencio que reinaba en aquel solitario lugar.

De pronto, el fino oído del técnico de la NASA detectó el motor de un coche que se aproximaba.

Por la derecha. Sukman miró hacia allí.

No tardó en aparecer el automóvil. Un «Buick» negro.

Sí, era el coche de los tipos que se habían cargado a Mark Birney.

El «Buick» se detuvo a unos seis metros del morro del «Chevrolet» de Robert Sukman.

—¡Eh, Sukman! —llamó uno de los ocupantes del «Buick», cuya voz identificó el técnico de la NASA como la del tipo que le había llamado un rato antes por teléfono.

—¿Qué? —respondió Sukman, arrojando el resto del cigarrillo al suelo.

—Ponga las manos sobre su cabeza, Sukman obedeció.

Los dos individuos salieron del «Buick».

Esgrimiendo sendas pistolas automáticas, provistas de tubo silenciador.

—¿Viene sin armas, como le advertí? —inquirió el mismo tipo de antes, que era ligeramente más alto que el otro, aunque los dos tenían cara de pistoleros profesionales.

—Sí —respondió Sukman.

—No le importará que lo compruebe, ¿verdad?

—Hágalo, si quiere.

—Tenme esto un momento, Rick —dijo el sujeto, entregando su arma a su compañero.

—Lleva cuidado, Walter —aconsejó el tipo llamado Rick.

—Descuida —sonrió el otro. Walter se acercó a Sukman.

Lo hizo dando un rodeo, para situarse a su espalda.

Se aseguró de que el técnico de la NASA no llevaba arma alguna.

—Ha dicho la verdad, Rick —informó—. Va desarmado.

—Átale las manos a la espalda, Walter —indicó Rick.

—Ya lo oyó, Sukman —dijo Walter.

Robert Sukman bajó las manos y se las puso a la espalda.

Walter extrajo un pedazo de cuerda del bolsillo izquierdo de su chaqueta y ató fuertemente las manos del técnico de la NASA.

Seguidamente, y del bolsillo opuesto, sacó un capuchón negro, con el cual cubrió la cabeza de Sukman.

Tomando a éste del brazo, indicó:

—Camine, Sukman.

El técnico de la NASA movió las piernas.

Walter lo guió hasta el «Buick» y lo obligó a sentarse en el asiento de atrás. El otro tipo, Rick, ya se había sentado al volante.

Walter lo hizo al lado de Sukman.

—Mi «escupidera», Rick —pidió Walter. Se refería a su arma.

Rick se la devolvió.

Walter no guardó la pistola en la funda sobaquera, sino que la sostuvo en la mano, apuntando con ella al técnico de la NASA.

—Vámonos, Rick.

Este puso el coche en movimiento y el «Buick» se alejó rápidamente del lugar. Unos veinte minutos después, el vehículo se detuvo.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Sukman, a través de la tela del capuchón.

—Sí —respondió Walter, abriendo la portezuela de su lado. Salió del coche y ordenó—: Abajo, Sukman.

El técnico de la NASA, con alguna dificultad, por tener las manos atadas a la espalda y los ojos cubiertos, salió del «Buick».

Rick también había salido ya.

Walter cogió del brazo a Sukman y le ordenó que caminara. Sukman obedeció.

Había dado unos seis pasos, cuando Walter advirtió:

—Cuidado ahora, Sukman. Hay dos escalones.

Sukman alargó el pie derecho, lentamente, hasta tocar con la punta del zapato el primero de los peldaños.

Los subió los dos. Eran de madera.

Sukman adivinó que se hallaba sobre el piso de una especie de porche.

—Siga caminando, Sukman —indicó Walter.

El técnico de la NASA supo que lo entraban a una casa.

Había oído abrirse una puerta.

Y poco después oyó cómo se cerraba a sus espaldas.

Casi enseguida, una voz ronca, como de tubo de escape, exclamó:

—¿Quién es ése...? Sí.

Era el elefante de Tom, que acababa de surgir por una puerta.

—Robert Sukman —respondió Walter.

—¿Robert Sukman...? —Pestañeó Tom.

—Sí.

—¿Por qué lo habéis traído aquí...?

—Se niega rotundamente a sabotear el proyecto Astroom, si antes no se asegura personalmente de que su novia está bien —explicó Walter.

—¿Dónde está Birney?

—Birney ha muerto. Tom respingó.

—¿Muerto...?

—Sí.

—¿Quién lo mató?

—Yo.

Tom abrió su boca, incrédulo.

—¿Tú, Walter...?

—Sí.

—¿Por qué?

Walter se lo explicó.

Tom no hizo ningún comentario, pero se adivinaba por la expresión de su rostro que no aprobaba la drástica medida adoptada por Walter y Rick.

Éste preguntó:

—¿Sientes la muerte de Birney, Tom?

—Sí...

—Pues no lo sientas, era un estúpido.

—La primera parte del plan la desarrolló a la perfección... —recordó Tom, refiriéndose a las fotos tomadas por Birney a Joyce Addison, mientras la muchacha se cambiaba en el probador de espejos especiales.

—Era para lo único que servía, para manejar una cámara fotográfica —rezongó Walter.

—Supo escoger a la chica adecuá...

—¡Cierra el pico, imbécil! —rugió Rick, dándole una sonora bofetada. El rostro de Tom se amorató de ira.

El gigante parecía dispuesto a saltar sobre Rick y pulverizarlo en unos segundos. Walter le apuntó con su arma.

—No cometas ninguna tontería, Tom, o me veré obligado a acabar también contigo. El grandullón contuvo sus evidentes deseos de convertir en una piltrafa a Rick.

Sabía que si lo intentaba, Walter apretaría el gatillo sin vacilar y le alojaría un par de onzas de plomo en el pecho.

Con ojos cargados de odio, masculló:

—Adviértele a Rick que no vuelva a ponerme la mano encima, Walter, o no sabré contenerme y...

—Rick hizo bien en pegarte, Tom —le interrumpió Walter—. Estabas a punto de meter la pata.

Tom no replicó.

Reconocía que Walter tenía razón.

Robert Sukman ignoraba que Joyce Addison había sido obligada por Mark Birney a enamorarle, y él casi se lo había revelado.

Si la oportuna bofetada de Rick no le hubiera cortado la frase... Al ver que el gigantón parecía calmarse, Rick dijo:

—Lamento haber tenido que pegarte, Tom. Éste esbozó una sonrisa.

—Ya está olvidado, Rick. Rick también sonrió.

—Así me gusta, Tom.

Robert Sukman, que había escuchado con gran interés el diálogo mantenido por los tres personajes, intervino:

—¿Cuándo voy a ver a Joyce?

—Enseguida, Sukman —respondió Walter—. Vamos, camine. El técnico de la NASA se dejó conducir por Walter.

Éste le hizo subir por una escalera.

Una vez arriba, Sukman oyó que el tipo hacía girar una llave. Luego, una puerta que se abría.

—Adentro, Sukman —indicó Walter, empujándolo suavemente.

—¡Robert! —oyó exclamar a Joyce Addison.

—¡Joyce! —exclamó a su vez Sukman, sintiendo que el corazón le latía con fuerza. Walter le despojó del capuchón.

Robert Sukman pudo ver entonces a la joven. Estaba de pie, junto a una silla.

Era lo único que había en aquella pequeña habitación, además de las cuatro paredes: una silla.

Joyce estaba muy pálida, tenía los ojos enrojecidos, y mantenía las manos a la espalda. Sukman adivinó que las tenía atadas, como él.

Con voz quebrada por la emoción, el técnico de la NASA le preguntó:

—¿Te encuentras bien, Joyce?

—Sí... —musitó ella.

—¿No te han hecho ningún daño?

—No...

—Gracias a Dios. Walter intervino:

—¿Ve cómo le dije la verdad, Sukman? La chica no tiene ni un rasguño. Sukman no respondió.

Siguió observando con fijeza a Joyce. La joven sollozaba silenciosamente.

Walter hizo ademán de cubrir nuevamente la cabeza del técnico de la NASA, pero éste se apartó, diciendo:

—Un momento, Walter.

—Ya ha comprobado que su novia está bien, ¿no? —Gruñó el tipo.

—Quiero hablar un par de minutos con ella. Walter asintió con la cabeza.

—Muy bien, hable.

—A solas —pidió Sukman.

—De eso nada —denegó el individuo.

—¿Qué es lo que teme, Walter? Yo tengo las manos atadas a la

espalda, ella también...

—He dicho que no, Sukman. Si quiere decirle algo a su novia, tendrá que hacerlo delante de mí. Y si desea darle algún besito, también. Solos no pienso dejarlos ni un segundo.

—No quiero besarla delante de usted.

—Pues no la bese. Eso es cosa suya. Sukman dio un suspiro de resignación.

—Espero que al menos tenga la delicadeza de desviar un poco la mirada... Walter sonrió.

—Bueno, eso sí. No quiero que se sientan cohibidos por mi presencia.

—Gracias —dijo Sukman, y se acercó a la muchacha.

Cuando estuvo junto a ella, miró significativamente a Walter.

Éste, haciendo honor a su palabra, ladeó ligeramente la cabeza y empezó a rascarse la oreja con el extremo del tubo silenciador que permanecía enroscado al cañón de su pistola automática.

Sukman volvió a mirar a la joven.

—Joyce, cariño... —murmuró.

—Robert... —musitó ella.

Sukman la besó suavemente en los labios.

Joyce correspondió a la caricia, al tiempo que pegaba su trémulo cuerpo al de él. Sukman deslizó su boca por la húmeda mejilla de la muchacha, sin dejar de besarla. Mientras recorría con sus labios el rostro de la joven, Sukman, que intencionadamente había quedado casi de frente al tipo que los vigilaba, para que éste no le viera las manos, introdujo los dedos bajo el cinturón y buscó la hoja de afeitar que poco antes de salir de su casa había ocultado allí, contando de antemano con la posibilidad de que los individuos le atasen las manos.

En la parte delantera del cinturón llevaba otra, cerca de la hebilla, a la que hubiera recurrido en el caso de que le hubiesen atado las manos delante, en lugar de a la espalda.

Los dedos del técnico de la NASA encontraron la hoja de afeitar.

Con gran cuidado, la cogió y la aplicó a la cuerda que sujetaba sus manos. Empezó a cortarla, silenciosamente.

CAPÍTULO XII

Mientras cortaba la cuerda, Robert Sukman seguía besando a Joyce Addison en los ojos, en los pómulos, en las orejas, en el cuello...

La joven aceptaba y devolvía las caricias, sin importarle la presencia del tipo llamado Walter.

Éste, de cuando en cuando, miraba a la pareja de enamorados, pero sólo un instante, lo justo para convencerse de que no estaban tratando de desatarse el uno al otro.

Y como las manos de la muchacha estaban bien visibles...

Cuando estimó que ya habían transcurrido los dos minutos pedidos por Robert Sukman, los miró a ambos y dijo:

—Se acabó el besuqueo, Sukman, Despídase de su novia, que nos vamos. El técnico de la NASA y la joven se miraron a los ojos.

—No temas, Joyce —dijo Sukman, sonriendo suavemente—. No te sucederá nada.

—Robert... —musitó ella.

—Haré lo que estos hombres quieren y te dejarán en libertad, no te preocupes. La joven fue a decir algo, pero no le salió la voz, sólo movió ligeramente los labios.

Sukman la besó por última vez y caminó, despacio, hacia el sujeto que los vigilaba, pistola en mano. Se detuvo ante él y dijo:

—Podemos irnos cuando quiera, Walter. Éste se dispuso a colocarle el capuchón.

Justo en el instante en que levantaba los brazos, Sukman, que había logrado cortar la cuerda que le sujetaba las manos con la hoja de afeitar, hizo dos cosas.

Simultáneamente.

Primera: elevar con brusquedad la rodilla derecha e incrustarla entre los muslos de Walter.

Segunda: atrapar la muñeca derecha del tipo, para que éste no pudiese utilizar la pistola contra él.

Esta medida de precaución, sin embargo, fue innecesaria, pues el tremendo rodillazo recibido por Walter donde más duele, lo hizo caer en el acto, soltando el arma.

El tipo ocultó rápidamente la cabeza entre las rodillas, formando una bola con su cuerpo.

Robert Sukman recogió velozmente la pistola y golpeó con ella el cráneo de Walter, quien chillaba como si le estuviesen operando de apendicitis sin haberle anestesiado previamente.

Los chillidos cesaron instantáneamente, porque el sujeto perdió el sentido.

Sukman se volvió hacia Joyce Addison, cuyo rostro reflejaba toda la perplejidad del mundo, y dijo:

—¡No te muevas de aquí, Joyce!

Seguidamente, Sukman salió disparado de la pequeña habitación, dispuesto a vérselas con los otros dos tipos.

Sabía que no podía contar con el factor sorpresa, pues los chillidos de rata de Walter se habrían oído en toda la casa.

No importaba.

Era tanto y tan importante lo que estaba en juego, que se sentía con ánimo suficiente para hacer frente a todo un ejército, si fuera necesario.

Alcanzó la escalera.

Por ella subía ya Rick, seguido del corpulento Tom. Ambos esgrimían pistola.

La de Tom no llevaba tubo silenciador.

Rick, al ver a Sukman en lo alto de la escalera, con las manos libres y esgrimiendo la pistola de Walter, hizo funcionar la suya.

Y tiró a matar.

Sin pensar en que, si Robert Sukman moría, todos sus esfuerzos por hacer fracasar el proyecto Astroom se habrían venido abajo, y no cobrarían la importantísima suma de dinero que les habían ofrecido por sabotear el proyecto Astroom.

Rick, en aquel momento, sólo pensaba en su vida. Y hacía bien.

Nada hay más importante que la propia vida.

Eso mismo debió pensar Robert Sukman, pues en lugar de quedarse quieto y recibir en su pecho las balas que estaba

disparando Rick, se dejó caer al suelo y disparó a su vez sobre el tipo.

Como la distancia que los separaba era corta, el técnico de la NASA no falló ninguna de las dos balas enviadas por él.

Rick se vio empujado hacia atrás por los impactos, arrolló a Tom, y ambos rodaron por la escalera, armando mucho ruido, porque era de madera.

Desde el pie de la escalera, y todavía en el suelo, Tom accionó el gatillo de su pistola, atronando la casa.

Sukman respondió al fuego del grandullón. Con fortuna.

Una de las balas alcanzó a Tom en el cuello.

El gigante emitió un alarido infrahumano y se venció, quedando inmóvil en el suelo, los ojos extremadamente abiertos, expulsando gran cantidad de sangre por el limpio orificio que la bala de Sukman le había producido en el gaznate.

El técnico de la NASA, muy impresionado por el horrendo aspecto que ofrecían los dos hombres que yacían al pie de la escalera, sin duda cadáveres ya, continuó tendido en el suelo, observándolos.

De pronto, escuchó un grito.

¡Lo había lanzado Joyce!

Sukman se puso en pie de un salto y corrió hacia la pequeña habitación. No llegó a cruzar la puerta.

Se quedó muy quieto al ver que Walter había recobrado el conocimiento y tenía en su poder a Joyce, cuyo cuello amenazaba con el filo de una enorme navaja de resorte.

La joven tenía el rostro desencajado por el terror que sentía en aquellos momentos. Walter, con los ojos inyectados de sangre, rugió:

—¡Arroje la pistola, Sukman o le secciono la yugular a su novia!

—Atrévase a hacerlo y dispararé sobre usted hasta que no quede una sola bala en el cargador —amenazó a su vez el técnico de la NASA.

—¡Muy bien, si lo que quiere es que me lleve a la chica por delante, allá va!

—¡Robert! —chilló Joyce, que ya se veía degollada por el tipo.

—¡Espere! —gritó Sukman, extendiendo el brazo izquierdo.

—¡No quiero esperar! —Relinchó Walter—. ¡O arroja

inmediatamente la pistola o le rebano la nuez a su novia!

—¡Usted gana, Walter! —respondió Sukman, dejando caer el arma. Joyce cerró los ojos.

Estaba a punto de desvanecerse. Todo su cuerpo se convulsionaba.

El rostro de Walter adquirió una expresión de triunfo.

—¡Acérqueme la pistola con el pie, Sukman! —ordenó. Sukman empujó el arma.

Pero como no le dio muy fuerte con el pie —lo cual hizo a propósito—, la pistola quedó a la misma distancia de él que de Walter.

El técnico de la NASA hizo ademán de avanzar, pero la voz del tipo le detuvo:

—¡Quieto ahí, Sukman!

—Sólo quería empujar un poco más la pistola, Walter —mintió Sukman.

—¡No es necesario!

—Como quiera.

Walter empujó a Joyce hacia el arma, sin apartar la ancha y destellante hoja de su navaja del cuello de la joven.

Joyce notó que le fallaban las piernas.

Hizo un esfuerzo por mantenerse en pie, pero no lo logró, y se desplomó, sin que Walter, sorprendido, pudiera sostenerla.

—¡Maldita...! —rugió el tipo, creyendo que la joven se había dejado caer deliberadamente, para ofrecer a Robert Sukman la posibilidad de intentar apoderarse nuevamente de la pistola.

El técnico de la NASA no se detuvo a pensar si Joyce se había dejado caer deliberadamente o si le habían abandonado las fuerzas.

Sólo pensó que allí tenía la oportunidad de salvar su vida y la de la muchacha, y no podía desaprovecharla.

Saltó como un tigre sobre la pistola automática. Walter hizo lo propio.

Como éste se encontraba ahora más cerca del arma, cayó antes sobre ella y la empuñó. Quiso disparar sobre Sukman, pero éste le aferró la muñeca con la mano y le obligó a desviar el arma.

La bala se enterró en una de las paredes. Walter apretó nuevamente el gatillo.

Tampoco acertó esta vez.

Sukman no permitía que la boca del cañón mirase hacia él.

Mientras forcejeaba desesperadamente con Walter, el técnico de la NASA se encontró casualmente con la navaja del tipo, que éste había dejado caer al lanzarse sobre la pistola.

Sukman la empuñó y, sin pensárselo dos veces, puesto que se trataba de su vida o la del individuo, hundió el acero en el costado de Walter.

Éste lanzó un bramido y casi al instante dejó de moverse. Cerró los ojos y dobló la cabeza.

Sukman, jadeante por el esfuerzo, se incorporó lentamente, con la pistola del tipo en la mano izquierda.

Se volvió hacia Joyce Addison.

La joven miraba, horrorizada, el cuerpo ensangrentado del individuo que había querido degollarla.

Sukman se arrodilló junto a ella y procedió a desatarle las manos. Joyce se echó en sus brazos, sollozando histérica mente.

—¡Oh, Robert, Robert...!

—Calma, Joyce, ya pasó todo —dijo Sukman, estrechándola contra su pecho.

—¿Los otros tipos...?

—Están muertos también.

La joven levantó la cabeza y le miró, interrumpiendo sus sollozos.

—¿Todos...?

—Sí. Tuve que matarlos a los dos, porque...

—¿Dos...?

—Sí. Rick y Tom, se llamaban.

—¿Y Mark Birney? —inquirió con ansiedad Joyce.

—A Birney lo mató éste, Walter —informó Sukman, señalando el cadáver que yacía cerca de ellos.

—¡Oh, no! —gimió la joven, cerrando los ojos. Sukman frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, Joyce? ¿Sientes la muerte de Birney? La muchacha abrió los ojos de nuevo.

—Tengo que confesarte algo, Robert... —musitó débilmente.

—¿Qué es ello, cariño?

—Te he engañado.

—¿A mí? —Pestañeó Sukman.

—Sí. Casi desde el primer momento...

—No te entiendo, Joyce.

—Lo entenderás, en cuanto oigas lo que tengo que decirte.

La joven le contó cómo conoció a Mark Birney, la clase de fotos que éste le hizo, sin ella saberlo, y lo que le pidió luego a cambio de ellas y de sus negativos.

—Me hubiera gustado negarme, Robert —prosiguió Joyce—, pero Birney dijo que, si no hacía lo que me pedía, Tom me torturaría y luego me mataría... En varias ocasiones estuve a punto de confesártelo todo, porque me dolía profundamente engañarte, pero no me atreví. Tenía mucho miedo...

Sukman bajó la mirada, visiblemente desilusionado. Joyce añadió:

—Lo siento, Robert, de veras... Sukman la miró y esbozó una sonrisa.

—No te culpes, Joyce. Seguro que yo, en tu lugar, hubiese hecho lo mismo. No podías negarte a seguir las instrucciones de Birney.

—No sabes el bien que me hacen tus palabras, Robert.

Sukman se puso en pie y ayudó a la joven a levantarse también.

—Busquemos esas fotos, Joyce. Apuesto a que están en esta casa. Y los negativos también.

—Dios te oiga, Robert. Sukman no se equivocó.

Unos minutos después encontraban el maletín de Birney, y en su interior, se hallaban todas las fotos y sus correspondientes negativos.

Fotos y negativos fueron destruidos por Sukman, con la ayuda de Joyce.

EPÍLOGO

Después de contárselo todo a la policía, Robert Sukman acompañó a Joyce Addison a casa, en su coche.

Durante el trayecto, ninguno de los dos abrió la boca. De cuando en cuando sus miradas se encontraban.

Entonces, uno de los dos se apresuraba a desviar la suya. Sukman detuvo el «Chevrolet», porque ya habían llegado. Por enésima vez, sus miradas se encontraron.

En esta ocasión, sin embargo, ninguno de los dos desvió la suya. Joyce, por hablar de algo, preguntó:

—¿No habrá un nuevo intento de sabotear el proyecto Astroom, Robert?

—Pienso que no, Joyce —respondió Sukman—. Y si lo hay, fracasará, porque la NASA tomará fuertes medidas de seguridad. No hemos podido saber quién contrató a Birney, Tom, Walter y Rick, pero no importa. Sabemos que hay alguien interesado en sabotear el proyecto Astroom, y eso es suficiente para que todo el centro espacial esté en guardia. No, no lograrán sabotear el proyecto Astroom, Joyce... El nuevo tipo de cohete espacial diseñado y creado por la NASA, llegará a Marte, y Estados Unidos se habrán apuntado un nuevo éxito en esta especie de carrera espacial iniciada años atrás. El mayor éxito de todos, sin duda.

Joyce sonrió con suavidad.

—Espero que así sea, Robert.

—Ya verás cómo sí —sonrió también Sukman.

Sobrevino un embarazoso silencio, que fue roto por Joyce, al decir nerviosamente:

—Bueno, creo que tendremos que despedirnos, Robert...

—¿Despedirnos? ¿Por qué?

—Pues...

—Yo no he cenado, Joyce. Y tú tampoco. ¿Por qué no te cambias de ropa en un momento, y cenamos en el sitio de costumbre? —sugirió Sukman.

—Gracias por la invitación, Robert, pero no me encuentro con ánimos de ir a ningún sitio. Ni siquiera tengo apetito...

—Yo, en cambio, sí tengo. ¿No podrías prepararme unos emparedados, Joyce? Con un par de ellos, y una lata de cerveza, me conformo.

—¿Olvidas que ya no estoy obligada a dejarte subir a mi apartamento, Robert? —recordó la joven, con ironía.

—Precisamente porque no lo olvido, te pido que me dejes subir. Tu respuesta me aclarará muchas cosas.

—¿A qué te refieres?

—Tú sabes a qué me refiero.

Tras unos segundos de silencio, Joyce respondió:

—Puedes subir, Robert.

—Vamos —sonrió Sukman, saliendo del coche. Joyce salió también.

Subieron al apartamento de la joven. Ya en el *living*, ella indicó:

—Siéntate, Robert. Enseguida te preparo los emparedados.

Hizo ademán de dirigirse hacia la cocina, pero él la retuvo, cogiéndola de una mano, Sukman se sentó en el sofá, obligando a la joven a sentarse a su lado.

—Tenemos que hablar, Joyce.

—¿De qué?

—¿Es necesario que lo diga? La joven bajó los párpados. Sukman la tomó por la cintura.

—Te quiero, Joyce.

—Me querías.

—Y te sigo queriendo. Ella le miró.

—¿A pesar de lo sucedido?

—Lo sucedido no puede cambiar mis sentimientos hacia ti, Joyce. Y si es verdad que tú no estás enamorada de mí, que sólo fingías estarlo, porque te obligaban a ello, desde este mismo momento me voy a esforzar al máximo por conquistarte. No sé cuántos días, meses o años voy a tardar en conseguirlo, pero no pienso abandonar la empresa. La tenacidad es mi mayor virtud,

¿sabes?

Joyce sonrió, presa de una gran emoción.

—No te va a ser nada difícil, Robert.

—¿Conquistarte de verdad?

—Sí.

—¿Quieres decir qué...?

Joyce pasó los brazos por el cuello del técnico de la NASA.

—Estoy enamorada de ti, Robert.

—¿Seguro...?

—Sí. Muy enamorada.

Sukman la besó en los labios con vehemencia.

Joyce puso mucho de su parte en la caricia, para demostrarle que no mentía. Tras el largo y apasionado beso, se miraron a los ojos.

Sukman preguntó:

—¿Por qué no me dijiste que estabas realmente enamorada de mí?

—Porque quizá no me hubieses creído, dadas las circunstancias —respondió Joyce—. Preferí esperar a ver cómo reaccionabas tú.

—Me has hecho pasar un mal rato, ¿sabes?

—Y tú a mí, Robert.

—¿Yo...?

—Sí, porque tardaste en reaccionar. Esta conversación de ahora pudimos haberla mantenido en el coche, y el mal rato hubiese sido más corto para los dos.

Sukman sonrió.

—Esta conversación debía mantenerse en un cómodo sofá, no en el asiento delantero de un coche —repuso, empujándola suavemente hacia atrás.

—¡Robert! —exclamó Joyce, tendida ya sobre el sofá.

—¿Sí, cariño? —murmuró Sukman, besándola en el cuello.

—¡Tengo que prepararte los emparedados!

—Al diablo los emparedados —rezongó el técnico de la NASA, acariciándola hábilmente.

—¿Qué te propones, Robert...? —preguntó Joyce, sintiendo que su cuerpo se estremecía una y otra vez.

Sukman se lo dijo, al oído.

—¿En el sofá...? —exclamó la joven—. ¡Eres igual que mi ex

jefe!

—No, existe una gran diferencia, Joyce. Yo te quiero, y voy a casarme contigo, mientras que él sólo quería aprovecharse de ti.

—¿Y no puedes esperar a que estemos casados?

Sukman interrumpió los besos y las caricias y la miró fijamente a los ojos.

—¿De veras quieres que espere, Joyce?

—No... digo, sí... Sukman sonrió.

—Primero has dicho que no.

—¡Me equivoqué!

—No, no fue una equivocación, Joyce. Sucedió que hablaste antes con el corazón que con el cerebro, y en el amor, es mucho más importante el corazón que el cerebro.

—¡Robert! —gritó Joyce, forcejeando con Sukman, porque éste había reanudado los besos y las hábiles caricias.

Pero fue un forcejeo muy débil.

Casi nulo, porque la joven forcejeaba con el corazón, no con el cerebro. Y como su corazón apenas sí tenía ganas de forcejear...

Muy pocos segundos después, Joyce Addison mandaba su cerebro a la porra y pasaba a devolver los besos que recibía de Robert Sukman.

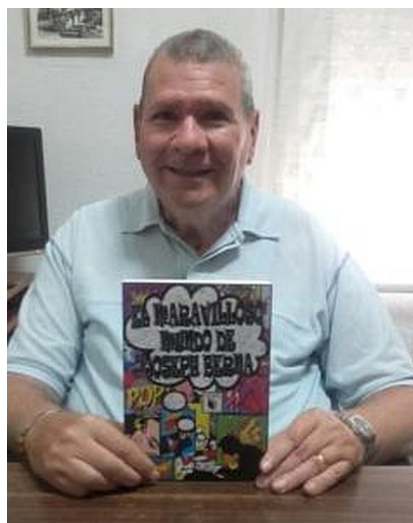
Estaban enamorados, ¿no?

Y se querían de verdad, ¿no?

E iban a casarse muy pronto, ¿no?

¡Pues entonces...!

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».

Notas

[1] National Aeronautics and Space Administration (Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio). < <